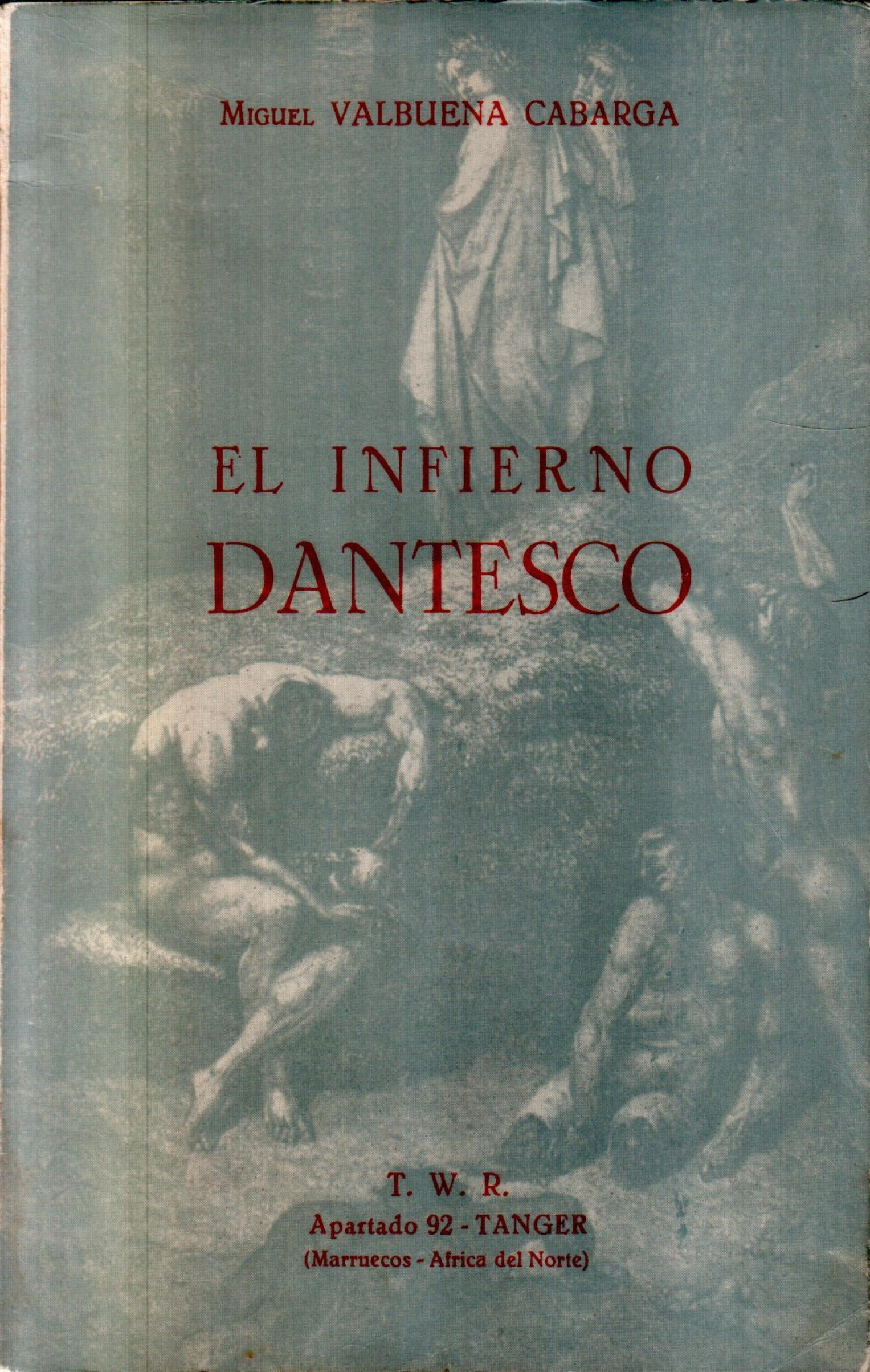
MIGUEL VALBUENA CABARGA



EL INFIERNO DANTESCO

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

EL INFIERNO DANTESCO

MIGUEL VALBUENA CABARGA

EL INFIERNO DANTESCO

Daniel Benitez Vega
Málaga Octubre 1988

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

INDICE

	Págs
Prólogo	7
I. La Comedia	11
II. Los Tibios	17
III. Los Lujuriosos	23
IV. Los Avaros	29
V. Los Violentos	35
VI. Los Simoníacos	41
VII. Los Adivinos	47
VIII. Los Hipócritas	53
IX. Los Ladrones	59
X. Los Sacrílegos	65
XI. Los Engañadores	71
XII. Los Sembradores de Discordia	77
XIII. Los Falsificadores	83
XIV. Los Fratricidas	89
XV. Los Traidores	95
XVI. El Paraíso	101

PROLOGO

Después de más de seis siglos de existencia, «La Divina Comedia» aún tiene la virtud de causar una extraña impresión al que la lee. La sensación es singular, porque es un libro poco común, y en el que se derrocha tanta imaginación que a medida que las escenas se suceden, uno se pregunta si todavía queda algo por ingeniar.

Sin embargo, lo que puede considerarse de más valor en el genial poema de Dante, es al propio tiempo su mayor flaqueza. Tal paradoja chocará al admirador del poeta florentino, pero encierra una realidad.

No es que queramos aminorar el valor literario del libro o el genio del autor, al contrario, estamos convencidos de que Dante puede codearse con nuestro Cervantes, o con Milton, el célebre bardo inglés, que siguió en las pisadas del florentino al escribir «El Paraíso Perdido».

Con todo, la flaqueza de la obra dantesca existe, y se halla precisamente en el exceso de imaginación, y en ese querer saberlo todo y explicarlo todo. Si quiere enjuiciarse la producción literaria de Dante, deben tenerse en cuenta dos cosas: su fenomenal imaginación, y sus limitados conocimientos, propios de la época en que vivió.

En suma, lo que queremos aclarar al presentar este libro sobre «La Divina Comedia», es que, la única cosa que el poema tiene de divino es el nombre. Los lugares que cita

y las escenas que describe sólo han existido en la fecunda imaginación del poeta. Sería, pues, tan temerario dar crédito a la trilogía dantesca, como concedérselo a las andanzas del Ingenioso Hidalgo manchego.

Se preguntará el lector, y con razón, el porqué aparece un nuevo libro sobre «La Divina Comedia». A pesar de que Dante lo trastoca todo con su imaginación, hay algo que no se atreve a alterar, y este algo es: la humanidad. He aquí el motivo que hemos hallado para escribir el libro.

Si bien hemos achacado al bardo florentino un exceso de fantasía en la descripción de los tormentos del averno, no podemos decir otro tanto respecto a la humanidad que presenta en su obra. Cuando trata sobre los humanos, Dante renuncia a su imaginación, para presentar hechos concretos. Es, pues, sobre ese elemento verídico del poema, que se basan las páginas que siguen.

I

LA COMEDIA

«La Divina Comedia merece ser leída por tres razones: es la historia de los tiempos bárbaros de Italia; el origen de las más hermosas expresiones del dialecto toscano, y el modelo de la poesía más sublime».

JUAN BAUTISTA VICO.

Para comprender la trilogía conocida con el nombre de «La Divina Comedia», es necesario remontarse a la época en que vivió el genial Dante Alighieri, y al mismo tiempo inquirir en la propia personalidad del autor y su azarosa vida.

Es obvio, que una profunda indagación en lo antes mencionado supondría escribir una biografía del bardo florentino, cosa que no entra en nuestras intenciones. Sin embargo, creemos que algunos datos de aquellos años medievales en los que Dante vivió, y algunas referencias de su vida, podrían servir de ayuda para una mejor comprensión de la obra más genial escrita por el famoso poeta italiano.

En la segunda mitad del siglo XIII, Florencia era una república próspera, donde a pesar de las sucesivas crisis polí-

ticas, se cultivaban con esmero las artes y las letras. La hermosa ciudad del Arno fue la cuna de Dante, quien vio la luz por vez primera en el barrio de la Puerta de San Pedro, habitado mayormente por mercaderes. La familia de Dante gozaba de buena posición en la ciudad. En efecto, el padre del poeta era jurisconsulto, y su madre Donna Bella procedía de una familia burguesa.

Huérfano de padre en temprana edad, el pequeño Dante fue confiado al sabio Brunetto Latini, secretario de la República de Florencia, célebre profesor y famoso lingüista. Dirigido por tan erudito maestro, no tardó Dante en familiarizarse con todas las nociones científicas y morales que abrazaba el círculo de los estudios de aquel tiempo, como más tarde demostrará en sus escritos, y de forma especial en su Comedia.

El joven Dante no pudo sustraerse a los bandos políticos cuyas intrigas agitaban la ciudad de Lorenzo el Magnífico, y debido a una desafortunada peripecia, después del triunfo de sus adversarios políticos, el poeta fue juzgado y sentenciado al destierro, durante el cual murió después de diecinueve años de exilio.

No se puede escribir sobre Dante sin mencionar a Beatriz. Aunque se ha querido idealizar la figura de Bice, hasta convertirla en una Dulcinea florentina, lo cierto es que, directa o indirectamente aquella mujer ejerció una enorme influencia en el apasionado poeta y sus escritos.

Ni siquiera su bella esposa Gemma, y sus seis hijos lograron borrar las primeras impresiones que produjo Beatriz en el ánimo del joven y fogoso Dante. Si hubiera alguna duda

respecto a lo dicho, basta leer su «Vita nova», publicada un año después de la muerte de Beatriz; y como supremo recuerdo de la «Amada», los últimos cantos de la Comedia.

Con el fin de evitar confusiones, quisiéramos aclarar algunos términos. Sorprenderá, quizá, que el poema épico-teológico que Dante escribió sea conocido con el nombre de Divina Comedia. Al principio su trilogía llevaba simplemente por título: «Comedia». Fue siglos después que se le agregó el término: «Divina». A este respecto, es interesante leer el porqué el propio autor tituló su obra, «Comedia»:

«La Comedia —escribe Dante— es un género de composición poética que difiere de todos los otros. Difiere de la Tragedia en que la Tragedia es bella y apacible al principio y horrible al fin. La Comedia, al contrario, se anuncia con situaciones difíciles y termina felizmente, como puede verse en las obras de Terencio... Por esto, la presente obra se llama «Comedia». Si se considera el asunto, es horrible al principio, es el infierno, y en su fin es feliz, deseable, gracioso; su estilo es natural y sencillo, puesto que es el lenguaje vulgar en el cual conversan las mujeres».

La alusión que Dante hace al «lenguaje vulgar», nos lleva a la cuestión de la lengua que el poeta empleó para escribir su genial obra. Contrariamente a la costumbre de su época, pues casi todo se escribía en latín, Dante, en un atrevido gesto, escribió su poema en italiano, o para ser más exactos, en el dialecto toscano que se hablaba en sus días. Se comprende fácilmente que aquella magistral trilogía dio un considerable auge y vigor a la lengua italiana.

Si la Comedia fue un punto de partida para la consagración del idioma italiano, no fue menor su influencia en la

literatura y ciencia de la Edad Media. En efecto, en el siglo XV se abrieron en Italia cátedras en las que los profesores explicaban la gran epopeya dantesca, y aquellas cátedras no eran solamente de Literatura o de Escolástica, sino también cátedras de Derecho, pues se creyó que Dante sabía de todo.

En relación con el saber de Dante, es curioso observar los extraordinarios conocimientos del poeta florentino, quien, tanto por su erudición artística, política y religiosa, como por sus profundos conocimientos de historia y mitología, puede ser considerado como uno de los hombres de los tiempos medievales con más saber enciclopédico. A este respecto es interesante citar los detalles que acerca de su erudición ofrece el famoso historiador italiano César Cantú, en su «Historia Universal»:

«Entre los grandes hombres de ciencia, colocaremos también a Dante Alighieri, que supo todo lo que se conocía en su tiempo y presintió algunos de los conocimientos ulteriores. Indicó claramene los antípodas y el centro de gravedad de la tierra; hizo observaciones muy ingeniosas sobre el vuelo de las aves, el centelleo de las estrellas, el arco iris y los vapores que se forman en la combustión. Antes que Newton atribuyó a la luna la causa del flujo y reflujo; antes que Galileo explicó la madurez de los frutos por la luz que evapora el oxígeno; antes que Linneo dedujo de los órganos sexuales la clasificación de los vegetales; antes que Leibnitz señaló el principio de la razón suficiente; antes que Bacon indicó la experiencia como la fuente de donde derivan nuestras artes humanas; hasta alude a la atracción universal...».

Como ha ocurrido con otros genios, también a Dante le han calificado de diversas maneras, habiendo sido considerado tanto como racionalista y hereje, como poco menos que santo. Lo cierto es, que Dante, adelantándose varios siglos a los grandes humanistas del Renacimiento, se expresa en sus obras con toda libertad sobre los grandes problemas y las doctrinas seculares. Su independencia de criterio le constriñe a discutir las opiniones de un emperador lo mismo que las de Aristóteles o las del Papa temporal.

A medida que sus obras fueron conociéndose, sus enemigos se conjuraron para atacarle. Cuando se lee la dureza con que trata a ciertos personajes políticos y religiosos en su «Infierno», se comprenden mejor los motivos de tal confabulación. Los odios políticos se unieron a los religiosos, y poco antes de morir Dante fue acusado de herejía, como se acusaba de impiedad a los antiguos filósofos. El poeta fue denunciado simultáneamente ante el Papa y el Tribunal Eclesiástico. Se dice que para defenderse de tales acusaciones Dante compuso el Credo de su fe con paráfrasis de los Salmos.

La muerte libró al genial bardo del peligro que la acusación de herejía encerraba. Sin embargo, ocho años después de su fallecimiento, Beltrán de Poyet, Cardenal legado, se propuso quemar los huesos de Dante considerándole hereje. Los siglos han desvanecido antiguos odios, y se ha podido comprobar la injusticia de aquellos juicios tan severos. El Cardenal Mercier, un erudito en literatura, escribe en relación con Dante y su obra:

«El artista no ha hecho más que el hombre, ni éste más que el ciudadano con el patriota; no ha hecho más que el cristiano, ni éste más que la Iglesia, de la cual es hijo».

Ante la imposibilidad de exponer en detalle las tres partes de que se compone la Divina Comedia, trataremos de ofrecer los rasgos sobresalientes de dicha obra. El poema épico consiste en una trilogía en tres actos: el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Cada una de estas tres partes, llamadas «Cánticos» en la lengua original, se subdivide en cantos muy cortos de ciento treinta a ciento cuarenta versos aproximadamente.

El primer cántico, el Infierno, del cual trataremos especialmente, sirve de introducción a toda la obra. Virgilio se ofrece a guiarle por el averno y Dante acepta gustoso. Después de una accidentada peregrinación por el Infierno, que es la parte más terrorífica y más conocida del poema, Dante pasa a los planetas, desde allí a las estrellas, y luego a espacios aún más lejanos.

Después de recorrer el Purgatorio, Dante y Virgilio ven aparecer a Beatriz, quien servirá de guía al poeta, en lugar de Virgilio, para introducirle en el Paraíso. Este supremo Paraíso se compone de diez cielos o círculos a los cuales el poeta va ascendiendo merced a la virtud de Beatriz, su «Amada».

Tal es, brevemente expuesta, la acción que se desarrolla en la trilogía dantesca que ocupa un lugar preeminente en la literatura universal de todos los tiempos.

II

LOS TIBIOS

«Ojalá fueras frío o caliente, mas porque eres tibio y no eres caliente ni frío estoy para vomitarte de mi boca»

Apocalipsis 3 : 16.

En su «Divina Comedia», Dante con un lenguaje figurado repleto de riquísimas descripciones hijas de su fecunda imaginación nos presenta varios aspectos del infierno al cual divide en nueve círculos.

Aunque el poeta florentino inventa circunstancias extraordinarias y lugares que son una mezcla de leyendas paganas y verdades evangélicas, sin embargo, en sus fantásticos relatos pueden hallarse algunas verdades aleccionadoras.

Perdido en selva oscurísima —que no pocos opinan es su propia vida de pecado—, Dante halla un guía providencial en la persona de Virgilio, el célebre poeta latino. Es este famoso bardo, a quien él llama «maestro», el que le introducirá en el recinto infernal.

Dante y su guía toman un camino abrupto y tortuoso el cual les conduce directamente a una siniestra puerta. Lo pri-

mero que llama la atención del poeta florentino es la pavorosa inscripción que había sobre ella, la cual rezaba así:

«Por mí se va a la ciudad del dolor. Por mí se va al tormento eterno. Por mí se va a las razas malditas. La justicia animó a mi Sublime Creador. Soy obra del Supremo Poder, de la Suma Sabiduría, del primer Amor. Antes de mí nada existía, salvo las esencias inmortales, y yo vivo eternamente. ¡Oh, los que aquí entréis, perded toda esperanza!».

Aquel escrito en negros caracteres presagia horrores indecibles, y Dante teme traspasar el umbral de lugar tan espantoso. Virgilio le conforta y alienta, recomendándole abandone temores y recelos.

Tan pronto pasan la puerta, penetrando en el vestíbulo del infierno, el aire se llena de sollozos, lamentaciones y quejidos. Los ojos de Dante se convierten en abundante manantial. En mil diversos lenguajes llegan a sus oídos gritos de rabia y desesperación. Voces roncas lanzan blasfemias. En aquellas perpetuas tinieblas un sordo rumor crece y decrece como si se tratara del aire huracanado cuando forma torbellinos en las arenas de las playas.

Dante, horrorizado, sólo se atreve a exclamar:

«Maestro, ¿qué es esto que oigo y quiénes son estas gentes vencidas por el dolor?».

Virgilio trata de explicar a su compañero y discípulo que aquel clamor sale de los tibios, «de los que por su inutilidad puede decirse que no vivieron nunca».

Se comprende que el apasionado autor de la Divina Comedia ponga en el umbral del infierno a estas almas. Según él, el tibio, el egoísta, es tan odioso como los ángeles indignos que no habiéndose rebelado contra Dios abiertamente tampoco le fueron fieles, sino que se dejaron dominar

por su egoísmo. El cielo los tuvo que arrojar de sí, y lo mismo sucede a los inútiles que no dejaron recuerdo alguno de su vida.

Dante no osa colocar estas almas en el propio infierno, las deja sólo en el umbral. Su castigo no es el fuego, sino algo mucho más repugnante.

Con desbordante imaginación, el insigne escritor nos presenta a aquellos desdichados yendo desnudos de un lugar a otro, constantemente aguijoneados por las avispas e insectos que pululaban en torno de ellos. La sangre mezclada con sus lágrimas resbalaba hasta sus pies y servía de pasto a repugnantes gusanos. En resumen, una escena preñada de repugnancia y asco.

Ante tan desagradable juicio, podría suponerse que el delito de las víctimas habría sido un horroroso crimen, alguna de las fechorías que los hombres tienen por más execrables. Sin embargo, Dante en su descripción no les presta ni sentimientos homicidas ni acciones sanguinarias y crueles, sólo habla de ellos como de «unos desdichados que por su inutilidad puede decirse que no vivieron nunca».

Y es en este punto donde el genial poeta, escapando por unos momentos de las quimeras de su imaginación, remonta hacia las pristinas fuentes de los oráculos divinos para allegarse a las visiones apocalípticas donde Cristo menciona a este grupo de almas perdidas.

Porque no hay duda, de que la descripción dantesca de un numeroso tropel de almas, que dejándose dominar por su egoísmo «desagradaron a Dios y a sus enemigos», son las que espiritualmente «*no han sido ni frías ni calientes*», habiendo vivido en funesta tibieza.

¡Triste destino el de los espiritualmente tibios! No sólo en razón de la advertencia divina de ser vomitados, sino además porque la actitud de sus almas ante Dios y sus semejantes les conduce a un estado de eterna frustración en lo más íntimo de su ser.

Con genial intuición, Dante hace expresar a Virgilio el motivo de la honda pena que eternamente carcomerá estas almas tibias: «Ellos no tienen esperanza de morir —dice Virgilio— y tal es la ceguera de su existencia, que llegan a envidiar hasta un destino más cruel que el suyo».

Paradójicamente, «los que no han vivido» —porque ser tibio es no vivir—, no tendrán la esperanza de morir. Así, sin aspiraciones de vida y sin esperanzas de muerte, hay millones de seres en nuestros días que en tropel se dirigen hacia una tenebrosa eternidad.

¡Desdichada alma tibia que en los umbrales del infierno suspira por un destino más cruel que el suyo! ¡Cuánta insensatez! ¡Cuánta ceguera!

Esta descripción dantesca concuerda con el reproche que Cristo hizo a los tibios, a los que, insensibles a los dolores ajenos, han perdido también la noción de su propia miseria espiritual. En efecto, en el mensaje apocalíptico que Cristo dirige a los tibios puede leerse:

«*Tú dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo; te aconsejo que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas, y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos a fin de que veas*» (Apocalipsis 4: 17 - 18).

Nuestros días, en los que tan en boga se ha puesto la actitud neutral ante los problemas mundiales, y el sincretismo en el dominio religioso, son propicios para que pululen los tibios. Ese «Yo» del tibio que no se resuelve ni por el Cristo, ni por el mundo y sus vanidades, es el que le conduce al egoísmo que asesina su propia alma hundiéndola no en el umbral del infierno como Dante imaginaba, sino en el corazón del propio averno.

Sin embargo, aun hay esperanza para los vivientes, para los tibios que atiendan a la reprensión de Cristo. Si como tibios hemos producido «náuseas» a Cristo, todavía hay tiempo para reconciliarnos con El y agradarle. Oigamos su voz y comprendamos su amoroso intento cuando nos dice:

«*Yo reprendo y corrijo a cuantos amo: ten, pues, celo y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí, y me senté con mi Padre en su trono*» (Apocalipsis 3: 19 - 21).

¡Victoria sobre el pecado, victoria sobre el egoísmo, victoria sobre la terrible hidra de la tibieza! He aquí lo que Cristo nos ofrece hoy por su gracia, a fin de que el dantesco umbral del infierno se transforme en el vestíbulo de las moradas celestes.

III

LOS LUJURIOSOS

«Yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón»

Evangelio San Mateo 5 : 28.

Adentrándose en el infierno, Dante y Virgilio llegan a la orilla del Aqueronte. Allí encuentran a Carón, el diabólico batelero ocupado en transportar las almas de los condenados a la otra ribera del río, quien se enfurece a la vista de los dos amigos, rehusando tomarlos en su vieja barca.

Es lástima que Dante introduzca elementos mitológicos en el relato de su recorrido por el averno, pues al lado de éstos hallamos verdades que hacen estremecer el alma. El genial poeta describe, en efecto, muchedumbres de almas fatigadas y desnudas que esperaban ser conducidas a la pavorosa región de las llamas y el hielo eterno. Antes de que un grupo llegase a la ribera opuesta, otra gran muchedumbre ya se apresuraba a atravesar el río, pues eran de «tal modo espoleados por la Justicia Suprema, que su temor se transformaba en imperioso deseo».

Si despojamos este relato dantesco de sus elementos fantásticos, en aquellas muchedumbres de condenados hallamos como una ilustración de la declaración del Divino Maestro, cuando dijo:

«*Espaciosa es la senda que lleva a la perdición y son muchos los que por ella entran*» (Evang. Mateo 6: 13).

Pero, veamos lo que ocurre a estos condenados que Dante coloca en el segundo círculo infernal:

«Comencé a oír quejas quejumbrosas —dice el poeta—; y llegué a un lugar sumido en la oscuridad donde se acentuaban los profundos lamentos con un mujido semejante al del mar encrespado por un viento borrascoso. La incesante tromba infernal arrastra en su vorágine a los espíritus y los tortura haciéndoles girar y entrechocar; cuando se sienten lanzados contra las ruinosas murallas exhalan profundos gemidos, ayes, imprecaciones y blasfemias contra la divina virtud».

Así se imagina Dante el suplicio de los lujuriosos, los que «sometieron su razón a los goces carnales». En aquel horroroso círculo el poeta halla a la impúdica Cleopatra, a la lujuriosa emperatriz Semíramis, y a Elena, por cuyos lascivos amores tantos males vinieron a su pueblo. Ve también al gran Aquiles que luchó por su pasión, y a París que con el rapto de Elena ocasionó la guerra de Troya. Halla a miles y miles de sombras cuyas vidas fueron sacrificadas en aras de la más grosera pasión.

¡Pobre Dante! Cinco figuras mitológicas de vida licenciosa, le hicieron intuir un círculo infernal lóbrego y borrascoso, donde las almas que se habían dado por entero a los deleites sensuales eran eternamente arrastradas por terribles huracanes.

Poco se podía imaginar el bardo florentino que algunos siglos más tarde las Cleopatras y Elenas se multiplicarían en nuestras ciudades modernas, y que el demonio de la lujuria plantaría su estandarte en medio de una civilización, que aun riéndose del paganismo, entronizaría nuevas Semíramis y Cleopatras con la ayuda de las pantallas de cine y televisión.

Lo trágico de este segundo círculo del averno que Dante imaginó, es que el suplicio de los condenados por lujuria, parece una descripción de la propia vida disoluta e insatisfecha de los que en este suelo viven en deleites carnales. Esa perenne inquietud del hombre sensual, siempre buscando satisfacer sus groseros apetitos, pero sin jamás lograrlo, se refleja en la narración dantesca, cuando escribe:

«Del mismo modo que los estorninos al llegar a los primeros fríos vuelan en grandes bandadas, así el torbellino aquel arrastra consigo a las almas pecadoras, las levanta, las abate y las arroja a uno y otro lado, sin que les alivie jamás la esperanza de alcanzar un solo instante de reposo y de que su tormento pueda dulcificarse».

Muchos siglos antes de que Dante con su fértil imaginación tratase de ilustrar el desasosiego del lujurioso, Salomón en sus Proverbios escribió acerca de las nefastas consecuencias del que se deja deslizar por las sendas de la lascivia, diciendo:

«Se fue tras ella entontecido, como buey que se lleva al matadero, como ciervo cogido en el lazo, hasta que una flecha le atraviesa el flanco; o como pájaro que se precipita en la red, sin saber que le va en ella la vida... a muchos ha hecho caer traspasados y son muchos los muertos por ella. Su casa es el camino del sepulcro, que baja a las profundidades de la muerte» (Proverbios de Salomón 7 : 22 - 27).

Dante, que no desperdiciaba ocasión para meter a su antojo en el infierno a rivales o enemigos, al tratar de este segundo círculo del averno menciona a la bella Francisca, hija de Guido de Polenta. En su diálogo con el poeta florentino, la adúltera Francisca le declara algo que sin duda debe ser uno de los suplicios más agudos de los condenados.

En efecto, cuando Dante quiere inquirir sobre las pasiones carnales que la llevaron a ella y a su cuñado Pablo Malatesta a aquel pavoroso lugar de castigo, Francisca le responde:

«No existe mayor pena que recordar en la adversidad los días felices».

Es Cristo mismo, el maestro por excelencia, quien aclara la idea que Dante pone en labios de una mujer sensual. Cuando el Hijo de Dios se refirió en forma figurada a la conveniencia de resistir la tentación, y a no dejarse vencer por ella, habló de un lugar *«donde el gusano no muere ni el fuego se apaga»*. Es obvio, pues, que uno de los mayores tormentos de los que se han hundido en el cieno de los pecados carnales, será sin duda el *«gusano que no muere»*, o en otras palabras, el perenne remordimiento de haber malgastado su vida en placeres groseros, despreciando las santas delicias de una vida virtuosa en comunión espiritual con Dios, por medio de Jesucristo.

En su relato de la caída de Francisca y Pablo, el poeta contrasta la eternidad del castigo con lo pasajero y temporal del placer. «Un solo instante decidió nuestra suerte», dijo Francisca al poeta. Un solo instante de placer pecaminoso marcó el horrible destino de dos almas que no supieron rechazar los placeres temporales del pecado para asirse a las eternas realidades espirituales.

Cristo, en su Sermón del Monte, también se refiere a esos momentos cruciales en la vida de un hombre, de los que en no pocas ocasiones depende su dicha eterna, o su entrada en ese círculo habitado por esclavos de la lujuria. Un instante, una sola mirada, basta para que se consume el mal deseo que puede acarrear infaustas consecuencias por toda la eternidad.

A la luz de las exigencias morales de Cristo, nos damos cuenta de que el segundo círculo infernal imaginado por Dante, tendría que ser uno de los lugares más habitados del averno. Una simple ojeada a nuestro alrededor nos confirma —sin necesidad de trasladarnos al infierno dantesco—, que nuestro mundo en la actualidad, es como un gigantesco círculo lleno de sensualidad y lujuria donde apenas puede darse un paso sin tropezar con un anuncio provocativo, o alguna nueva Cleopatra que ha logrado fama y riqueza gracias a haber expuesto con desvergüenza, lo que el más elemental recato exige esté cubierto.

Terminaremos con unas declaraciones del Apóstol Juan, que encierran sabios consejos para que nos guardemos de la lujuria, y podamos librarnos de ese círculo sensual que cual diabólico dogal va estrechándose sobre la humanidad:

«*No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (I Juan 2: 15 - 17).

IV

LOS AVAROS

«La raíz de todos los males es la avaricia, y muchos, por dejarse llevar de ella, se extravían en la fe y a sí mismos se atormentan con muchos dolores»

I Timoteo 6: 10.

Después que Dante y su maestro Virgilio hubieron salido del segundo círculo del averno, se hallaron ante un espectáculo tan repulsivo, que el bardo florentino creyó no podría seguir su camino.

En efecto, en el tercer círculo, el de la lluvia eterna, helada, maldita, que cae implacable sobre los condenados por gula, el Can Cerbero, con sus tres fauces, torturaba con sus afiladas uñas a los míseros espíritus, desgarrándolos y despedazándolos.

Maestro y discípulo, haciendo caso omiso de los espantosos ladridos de Cerbero, siguieron su camino «pasando entre sombras de apariencia humana, derribadas a tierra por aquella lluvia negruzca y viscosa». Sí, la glotonería había conver-

tido en repugnantes sombras a aquellos que durante su existencia terrenal eligieron por «*dios a su vientre*» (Filipenses 3: 19).

Cuando se acercaron al cuarto círculo, en su descenso por la siniestra sima infernal, Dante no pudo reprimir una exclamación de dolor y pasmo a la vez, pues el espectáculo que se presentaba ante él era tan horroroso, que apenas podía ser descrito. Habían llegado al lugar de castigo destinado a los que «no han sabido dar o no han sabido poseer». Pero, dejemos que el propio poeta describa la espantosa escena:

«Vi allí más condenados que viera en parte alguna. Aullando de dolor y con violento esfuerzo se lanzaban entre sí pesos enormes y se golpeaban. Luego, volviendo el rostro hacia atrás se decían recíprocamente: «¿Por qué atesoras? ¿Por qué malgastas?». De este modo pasaban, girando de uno a otro extremo del ámbito tenebroso, gritándose siempre el mismo acusador estribillo; y cuando llegaban al punto medio del círculo que los encerraba volvíanse todos para comenzar un nuevo e impetuoso combate».

Dante, afligido ante aquella brutal y violenta escena, trata de indagar acerca de los infortunados que sufren en tan trágica situación. Virgilio, su guía, le aclara que los condenados «fueron tan cortos de entendimiento, que en la primera vida no supieron emplear debidamente sus caudales».

También en los Evangelios, el Divino Maestro nos habla de estos desdichados. El rico epulón entregado a sus orgías y banquetes, despreciando al pobre Lázaro sufriendo a la puerta de su mansión; el infeliz pródigo que apartándose de su padre despilfarró su hacienda viviendo disolutamente; el rico insensato que sólo se preocupaba en aumentar su hacienda en detrimento de su alma; éstas y otras parábolas de

Jesucristo, ilustran el peligro de una prodigalidad egoísta, que sin tener en cuenta a los demás malbarata los bienes que sólo pertenecen a Dios que los da.

Dante, en sus días, no podía intuir todavía el derroche de los pródigos modernos. No nos referimos solamente a la fatuidad de los nuevos ricos que malgastan sus caudales en insensatos proyectos que no aprovechan a nadie, sino más bien a ese frenesí colectivo de prodigalidad que ha conducido a las naciones a dilapidar sus haciendas, transformando el oro de sus arcas — que tanta miseria podría remediar — en un arsenal de artefactos de destrucción que tiene en vilo a toda la humanidad.

Sí, estamos ciertos que si Dante hubiera vivido en nuestros aciagos días, habría incluido entre aquellos energúmenos del averno que se lanzaban mutuamente pesos enormes, a los que quitan el pan de la boca de la gente para convertirlo en bombas atómicas y en gigantescos cohetes.

El otro grupo de aquella turba de condenados del cuarto círculo infernal, los que «cometieron opuestas culpas», es el de los dominados por la avaricia. La lucha sin cuartel que Dante describe entre estos dos grupos, ilustra claramente el estado de ánimo de los avarientos. Razón tenía el bardo florentino al poner en labios de Virgilio las siguientes palabras:

«Todo el oro que existe y que ha existido bajo la luna no les daría ni un solo instante de reposada tregua a estas almas destrozadas».

Esta declaración prestada a Virgilio, trae a nuestro pensamiento uno de los ejemplos que Jesucristo expuso aludiendo a los que apoyándose en la vanidad de las posesiones terrenales creen haber hallado el anhelado reposo para sus almas.

En efecto, el Divino Maestro, con la parábola del rico insensato quiso mostrarnos que el hombre, por muchos que sean sus caudales, jamás podrá lograr con ellos el descanso de su alma. No hay insensatez más grande, según la enseñanza de Cristo, que emulando al rico necio, podamos llegar a decir:

«*Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate*» (Evangelio San Lucas 12 : 19).

San Pablo, el Apóstol de las gentes, que en su larga experiencia apostólica había comprendido la falacia de las riquezas, no sólo confirma que con las posesiones no se puede alcanzar el reposo del alma, sino que además afirma ser la avaricia «*la raíz de todos los males*».

El gran Apóstol, vio a propios y extraños dejarse llevar por un afán desmedido de lucro, o por una descomedida ambición que les extravió de la sencilla fe del Evangelio de Cristo, arrastrándoles a un verdadero infierno donde «*se atormentan a sí mismos con muchos dolores*».

San Pedro, el insigne Apóstol de tan humilde origen, tuvo que salir al paso de los que creían que «*con dinero podía adquirirse el don de Dios*», ese don que incluye el reposo espiritual, como consecuencia del perdón de los pecados.

Pedro, como Pablo y los demás Apóstoles de Cristo, sigue la línea trazada por su Divino Maestro, afirmando que la paz y la gracia de Dios no son el patrimonio de los pudientes, sino de todos los que buscan el reposo de su alma en las ricas misericordias de Dios por mediación de Jesucristo. Así escribe el Apóstol Pedro:

«*Tened vuestra esperanza completamente puesta en la gracia que os ha traido la revelación de Jesucristo... sabiendo que no con cosas corruptibles, como plata u oro, fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, recibida por tradición de vuestros padres, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de cordero sin tacha ni mancilla*» (I San Pedro 1 : 13-19).

Antes de salir de aquel círculo infernal, Dante, con una legítima curiosidad quiso conocer la identidad de algunos de los que sufrían en el averno a causa de aquel repugnante vicio. Virgilio, ante la pregunta de su discípulo de si podría reconocer alguno, le respondió:

«No lo pienses; la sordidez de su vida los ha deformado a tal punto, que no es posible distinguirlos. Están condenados a chocar eternamente los unos contra los otros... Por no haber sabido dar o no haber sabido poseer, perdieron la gloria y han de vivir en esta eterna batalla cuya rudeza no han de describirte mis palabras».

Sí, la avaricia deforma a tal punto el alma que mata los anhelos morales más sublimes, y ahoga los sentimientos religiosos más delicados, convirtiendo al hombre en un esclavo del vil metal, que es el peor tirano.

Terminamos con una declaración de Cristo, la cual en forma de solemne dilema nos advierte sobre el peligro que amenaza nuestra alma. Así dice el Divino Maestro:

«*Nadie puede ser esclavo de dos señores, porque o bien aborrecerá al uno y tendrá amor al otro, o bien se adherirá al primero y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero*» (Evangelio San Mateo 6 : 24).

V

LOS VIOLENTOS

«Todos los que toman espada, por espada perecerán».

Evangelio San Mateo 26:52.

Si el círculo donde sufrían los avariciosos llenó de indescriptible horror a Dante, no fue menor el que experimentó cuando llegó con su maestro al lugar donde se hallaban los condenados por «haberse dejado vencer por la ira».

Después de cruzar el círculo hasta la orilla opuesta, Virgilio y su discípulo llegaron a la ribera de la laguna Estigia. En aquel pantano cenagoso yacían multitud de almas enfangadas, cuyos semblantes denotaban una gran irritación. Los dos visitantes del averno vieron con espanto como aquellos iracundos condenados se golpeaban no sólo con el puño, sino además con la cabeza, con el pecho, con los pies, y se arrancaban la carne a pedazos con sus propios dientes.

Ante tal horripilante escena, lo que más hizo estremecer a Dante, fue el que por doquier fijaba su mirada en la superficie de aquel légamo, tropezaba con los ojos de los con-

denados en los que podía leerse la angustia y la ira. Su terror subió de punto, cuando después de ver removerse el fétido cieno, oyó las siguientes palabras:

«Tristes estuvimos cuando vivíamos en la dulce plenitud del aire bajo la caricia del sol, y llevábamos siempre dentro de nosotros amargura y pesadumbre. Ahora, encenagados en estas turbias aguas, también nos atormenta la tristeza».

Triste sino el de los iracundos. Para los tales no hay alegrías ni en esta vida ni en la venidera. No es extraño, pues, que hablando de ellos, Jesucristo empleara unos términos tan duros que hayan escandalizado a algunas almas sensibles. En efecto, en su Sermón del Monte, el Divino Maestro dijo:

«*Oísteis que se dijo a los antiguos:* «*No matarás*»; el *que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se encolerizare con su hermano será reo de juicio; y quien le dijere* «*raca*» —*cabeza huera*— *será reo ante el Sanedrín; y el que le dijere* «*loco*» *será culpable del infierno del fuego*» (Evangelio San Mateo 5: 21-22).

Prosiguiendo su camino, Dante y Virgilio atravesaron la laguna Estigia en un frágil esquife para poder entrar en la ciudad de Dite, cuya roja apariencia era debida al fuego eterno que por dentro la abrasaba. Después de diversas peripecias, maestro y discípulo llegaron al séptimo círculo, el de los violentos, el cual estaba dispuesto y repartido en tres recintos.

En su descenso por el círculo que encerraba a los violentos condenados, se aproximaron al primer recinto compuesto por un repugnante río de sangre hirviendo donde estaban sumergidos todos los que habían atentado de forma violenta contra

su prójimo. A orillas de aquel rojo hervidero, monstruosos centauros velaban para que los condenados no salieran más de lo que les permitía su culpa.

No sin sorpresa, Dante pudo ver sumidos hasta las cejas a algunos de los personajes históricos que la humanidad considera como grandes. Pirro, el rey de Epiro, de triste recuerdo por su sanguinaria violencia; Atila, el cruel «flagellum Dei», azote de Dios, se hallaba también entre ellos. Alejandro el Magno, el joven monarca de Macedonia, estaba asimismo sumergido en aquel sangriento río, pagando de esta manera la mucha sangre que había vertido durante sus célebres conquistas.

Esta extraña visión dantesca nos lleva a considerar en lo que es la verdadera grandeza, y cómo la humanidad confunde los valores más elementales. Cuando Cristo habló de la grandeza, declaró a sus discípulos que ésta no consistía en la potestad que ejercen los que se enseñorean de sus semejantes subyugándolos con violencia. La verdadera grandeza, según el Divino Maestro, es la que estriba en servir a sus semejantes, como él mismo hizo «*viniendo no a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos*» (Evangelio San Lucas 20: 25-28).

Apenas habían salido de su estupor el poeta florentino y su guía ante tal horroroso espectáculo, cuando se hallaron en el segundo recinto, que no era tal, pues consistía en un tenebroso bosque donde únicamente anidaban monstruosas arpías. Por todas partes se oían exclamaciones de dolor. Dante, al no ver a nadie, se detuvo lleno de espanto, pues los lastimeros ayes resonaban multiplicándose en aquel frondoso bosque.

Virgilio, que vio el desasosiego de su discípulo, quiso tranquilizarle diciéndole que todos aquellos nudosos y retorcidos troncos eran los condenados que habían atentado contra sus propias vidas, y que de ellos procedían las quejas de dolor. El maestro ante la extrañeza de su discípulo, y con el fin de convencerle, le alentó a desgajar una pequeña rama.

Tímidamente, Dante alargó su mano y arrancó una ramita de un árbol grande. Así que la hubo desgajado, horrorizado oyó una voz salida del tronco que le gritó: «¿Por qué me rompes?». Después que el rugoso tronco se hubo teñido de sangre, volvió a gritar de nuevo: «¿Por qué me desgarras? ¿No tienes sentimientos de piedad? Hombres fuimos, y ahora nos hemos convertido en troncos. Más compasiva debiera ser tu mano, aun cuando hubiésemos sido almas de reptiles».

¡Triste destino el de los que hacen violencia contra sus vidas! Queriendo librarse del sufrimiento, nacen a una existencia sin fin donde su violencia criminal se transforma en eterno remordimiento y dolor. Aunque no hay duda de que las almas-troncos de los condenados suicidas sólo existieron en la imaginación del poeta florentino, su horripilante visión nos recuerda las palabras de Cristo: «*el gusano que no muere, y el fuego que nunca se apaga*».

En su recorrido por el tenebroso bosque, los dos viandantes llegaron al término del segundo recinto, donde se mostró ante ellos una llanura de hirviente arena en la que yacían multitud de almas desnudas. Estos condenados del tercer recinto sufrían por haberse violentado contra Dios.

Aunque todos gemían con amargura, los que sufrían más eran los que yacían boca arriba sobre las infernales arenas. Sobre ellos llovían lentamente gruesos copos de fuego. Los que habían sido adversarios de Dios trataban con sus miserables manos de apartar de sí aquella ígnea lluvia que no cesaba de abrasarles hasta llegar a convertirles en una pura llaga.

Entre aquella multitud que en vida se había opuesto a Dios, destacaba el feroz Capaneo, uno de los siete reyes que asistieron a Tebas. Este inicuo condenado, lleno de furor y rabia, aumentaba sus sufrimientos con impías imprecaciones. Doloridos por tanta tragedia y profana obcecación, Dante y Virgilio prosiguieron su camino dirigiéndose hacia el octavo círculo del averno.

No sabemos si el poeta florentino tenía un profundo conocimiento de las Santas Escrituras, pero, su descripción del sufrimiento de los condenados por haberse opuesto con violencia a Dios, trae a la mente una de las parábolas de Jesucristo, en la que aparece un hombre que intentaba oponerse a la voluntad divina.

Nos referimos a la parábola de las bodas del hijo del rey, a las que fueron invitados ricos y pobres, dignos e indignos. El único requisito exigido era el de asistir al banquete real con el traje de boda preparado graciosamente por el soberano. En su aleccionadora historia, el Divino Maestro presenta el brillante aspecto que ofrecía la enorme sala llena de convidados, todos ricamente vestidos gracias a la munificencia del rey, y a éste saludando a los invitados. Entre aquella multitud el soberano reparó un convidado que, contrariamente a lo requerido, no vestía el traje de boda.

El rey, acercándose al transgresor de sus órdenes, quiso inquirir sobre los motivos que le habían impulsado a tan extraño desvarío, propio tan sólo de un adversario. Un culpable silencio fue la única respuesta de aquel súbdito rebelde y desobediente. El rey, en cumplimiento de su soberana justicia, dictó sentencia contra aquel que había osado violentar la voluntad divina y sus planes de bendición eterna:

«*Atadle de pies y manos —dijo el soberano— y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes*» (Evangelio San Mateo 22: 13).

VI

LOS SIMONIACOS

«*Tu dinero perezca contigo, pues has creído que con dinero podía comprarse el don de Dios*».

Hechos de los Apóstoles 8: 20.

La entrada de los viandantes en el octavo círculo del averno, llamado «Malebolge», fue uno de los sucesos más espectaculares que relata Dante en su Comedia. En efecto, cuando maestro y discípulo todavía estaban en el aire denso y lóbrego del séptimo círculo, vieron venir hacia ellos una figura espantable aun para el corazón más animoso. Aquel monstruo feroz que traspasaba los montes y rompía los muros con su aguzada cola, tenía el rostro de hombre y el resto del cuerpo de dragón.

Virgilio hizo señas al monstruo para que se acercase a la orilla, junto al extremo de aquel pétreo camino. Así lo hizo el fiero animal, arrimándose al lugar donde estaban discípulo y maestro. Este último, de un salto, subió sobre la grupa de Gerión —tal era el nombre del monstruo—, desde donde alentó a su discípulo para que saltase a su vez con el

fin de acomodarse en aquella extraordinaria cabalgadura, único medio de descender al anchísimo pozo que formaba el octavo círculo infernal.

Después de un raudo viaje a lomos de Gerión, llegaron al primero de los diez fosos en que se dividía aquel ancho y profundo pozo. Al apearse de la espalda del monstruo, tomaron a mano izquierda. Mientras seguía a su guía, Dante observaba a los condenados que se hallaban en el foso de la derecha, los cuales eran castigados por haber seducido a las mujeres. Estos réprobos eran azotados continuamente por seres infernales que les hacían correr sin descanso.

El poeta florentino, quizá debido a su idealización del amor, no se extiende mucho sobre estos corruptores, o para emplear una palabra más moderna, estos donjuanes; sólo cita al príncipe griego Jasón, y a un bolonés contemporáneo suyo. Creemos, sin embargo, que en este foso del averno, Dante tendría que haber puesto a una multitud de seductores que se han ensañado sobre fáciles presas. Es evidente, en efecto, que el donjuanismo que tan poco tiene de varonil, ha medrado mucho, especialmente en nuestros tiempos modernos, hasta llegar a convertirse en una fastidiosa plaga.

Estábamos tentados a no mencionar el repugnante foso que se hallaba en el camino de los viandantes del averno, pero, creemos que a pesar de la repulsión que produce, es muy aleccionador. Este nauseabundo foso infernal, era el lugar donde estaban sumidos los que habían sido aduladores. Dante, al llegar a lo alto de una roca, describe aquel sitio como un enorme estercolero que parecía ser de las letrinas humanas. En aquella apestosa cloaca yacían los que con hipócritas lisonjas habían querido obtener favores.

A simple vista, parece que los aduladores no merecen tan asqueroso castigo, ni los lisonjeros tan repugnante suerte; sin embargo, ya en la antigüedad, Job, uno de los

más famosos patriarcas, intuyó en su desgracia que el destino de los lisonjeros sería catastrófico, diciendo:

«No usaré con nadie de títulos lisonjeros. Porque no sé hablar lisonjas; de otra manera, en breve mi Hacedor me consumiría» (Job 32: 21-22).

Asimismo, David, en uno de sus salmos, declara la aversión de Dios por todos los lisonjeros que con altanería pretenden oponerse a su Creador. He aquí las palabras del salmista:

«El Señor destruirá todos los labios lisonjeros, y la lengua que habla jactanciosamente; a los que han dicho: Por nuestra lengua prevaleceremos» (Salmo 12: 3-4).

Después de abandonar el segundo foso, reputado como el lugar más repugnante del averno, llegaron a la altura del tercero, donde se ofreció a su vista un espectáculo inimaginable. Allí, en la lívida roca, habían por todos los lados agujeros redondos del mismo grandor. De la boca de cada uno de estos orificios salían los pies de un condenado, y las piernas hasta la pantorrilla; lo restante del cuerpo estaba dentro. No acababa allí aquel espeluznante cuadro.

En efecto, las plantas de los pies de los condenados ardían de tal forma, que aquellos desdichados se retorcían sin cesar, debatiéndose en aquellos agujeros infernales.

Cuando Dante, horrorizado ante tal espectáculo, quiso saber cual fue el pecado que había acarreado a aquellos seres tan severo castigo, supo que fue a causa de haber practicado la simonía, es decir, el haber traficado deliberadamente con las cosas espirituales.

Aunque creemos casi ocioso el decirlo, recordaremos que el nombre de simoníaco, que se aplica a los mercaderes de cosas sagradas, se deriva de Simón Mago, el tristemente célebre personaje que habiendo pretendido creer, y después de haber sido bautizado, ofreció dinero a los Apóstoles Pedro y Juan para que le fuera otorgada la virtud de conceder el

don del Espíritu Santo por la imposición de sus manos. Es en dicha ocasión, que el Apóstol Pedro, con santa indignación reprendió al falso cristiano, diciéndole:

«*Tu dinero perezca contigo, pues has creído que con dinero podría comprarse el don de Dios*» (Hechos de los Apóstoles 8: 20).

Poco se imaginaba el fiel Apóstol de Jesucristo, que aquel suceso local ocurrido en una pequeña ciudad de Samaria, iba a repetirse una y mil veces en el transcurso de los siglos, y que la simonía iba a lograr adeptos entre las más altas jerarquías de la cristiandad, especialmente en los momentos cuando la Iglesia se vio enzarzada en interminables luchas intestinas.

Debido quizá a la triste situación espiritual de la Iglesia en los días de Dante, éste, con una osadía sin límites, se atreve a meter en aquellos espantosos agujeros a algunos de los obispos de Roma que tuvieron fama de simoníacos.

El poeta florentino, lleno de lástima, pero no exento de curiosidad, se dirige a uno de los simoníacos cuyas piernas no podían hallar reposo a causa del fuego que consumía sus pies. El interpelado, suspirando y con lloroso acento, responde:

«Si tanto deseas saber quien soy, y para ello has bajado esa colina, sabe que vestí el manto pontifical, que fui verdaderamente hijo de la Osa —se refiere al blasón de la familia de los Orsinos, a la que perteneció el papa Nicolás III—, y tan codicioso de enriquecer a los Orsinos, que en la bolsa del mundo puse el dinero, y en ésta me he puesto a mí».

Ante tan asombrosa respuesta, salida de labios de un jerarca de la Iglesia, Dante, con una audacia que para un católico como él linda con la blasfemia, abre su boca en reproches para declarar que la simonía es contraria a la doctrina y prácticas apostólicas. Dirigiéndose a su interlocutor, le dice:

«Ahora bien, dime: ¿qué tesoro exigió de San Pedro nuestro Señor para poner las llaves en su poder? Pues en verdad que no le demandó más que una cosa: «Sígueme». Ni Pedro ni los demás demandaron oro ni plata a Matías cuando fue elegido para el puesto que perdió el traidor —se refiere a Judas. Y si todavía no me lo vedase el respeto debido a las supremas llaves que tuviste en la dulce vida, palabras aún más enérgicas emplearía, porque vuestra avaricia contrista al mundo, conculcando a los buenos y sublimando a los malos».

Sin duda, estas mordaces palabras de Dante parecerán en extremo duras, especialmente por ir dirigidas a un rector de la Iglesia, pero, debe tenerse en cuenta, que en aquellos tiempos medievales la cristiandad había perdido sus características esenciales, dejándose llevar al marasmo espiritual, que más tarde desembocó en una increíble degeneración de prácticas y de moral.

La filípica del poeta florentino contra los simoníacos, no sorprende tanto, cuando en las Santas Escrituras se lee la reprensión que los Apóstoles dirigieron contra algunos que ya en aquel primer siglo de la Iglesia quisieron corromper el carácter del Evangelio de Jesucristo para convertirlo en un mero negocio. Especialmente en Efeso, donde el Apóstol Pablo dejó a su colaborador Timoteo, florecieron unos simoníacos de nuevo cuño, de los cuales el Apóstol tuvo que decir:

«*Si alguno enseña otra cosa y no se conforma a las saludables palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que se ajusta a la piedad, es un orgulloso que nada sabe, que desvaría en disputas y vanidades, de donde nacen envidias, contiendas, blasfemias, suspicacias, porfías de hombres de inteligencia corrompida y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia*» (I Timoteo 6: 3-5).

A guisa de colofón, quisiéramos citar unas expresivas frases de Dante dirigidas a los simoníacos: «Os habéis hecho un Dios de oro y de plata. ¿Qué diferencia hay de vosotros a los idólatras, sino que ellos adoran a uno y vosotros a ciento?».

VII

LOS ADIVINOS

«No sea hallado en medio de ti quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a hechicerías y encantamientos, ni quien consulte a encantadores, ni quien pregunte a pitón, ni a adivinos, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación ante Yavé cualquiera que hace estas cosas»

Deuteronomio 18: 9-12.

En su descenso por el pozo infernal, Virgilio y su discípulo llegaron a la orilla de un profundo foso del que subían angustiosos llantos y lamentos de dolor. Mirando con atención la abierta profundidad, Dante pudo vislumbrar un valle circular en donde una multitud de condenados iban unos detrás de otros plañendo en voz baja.

Como el poeta fijase su vista en lo más hondo, descubrió algo tan horrible que le dejó aturdido. En efecto, una inmensa muchedumbre de condenados se habían convertido en monstruos. Aquellos desdichados tenían vuelto el rostro hacia las espaldas, no pudiendo ver más que atrás, por lo cual les era forzoso andar retrocediendo, al no serles posible

mirar hacia adelante. Ofrecían tan trastocada imagen del cuerpo humano, que el llanto que salía de sus ojos les bañaba la hendidura de las nalgas.

Aquel constante mirar hacia atrás, y su perenne retroceso, era el castigo que sufrían los que en vida practicaron las artes adivinatorias, los que pretendieron haber visto tanto por adelantado.

Ante escena tan horrorosa, Dante perdió aliento, y apoyándose en uno de los ángulos de la dura roca unió su llanto al de aquellos miserables condenados. Virgilio no pudo sufrir la culpable actitud de su discípulo, y con severo tono le dijo:

«¿Conque eres tú también del número de los insensatos? Aquí vive la piedad y muere la compasión. ¿Quién más impío que el que mira con prevención los divinos juicios?».

Y, lo cierto es, que a Virgilio le asistía la razón al reprochar a su discípulo su culpable actitud de poner en tela de juicio la divina justicia ejercida sobre aquellos condenados agoreros. Sí, la compasión debe reservarse para nuestro paso por este mundo, pero, cuando se traspasan los lindes de la existencia terrena para penetrar en la vida futura, entran en juego los justos juicios de Dios que son inapelables.

En la apocalíptica visión de los juicios divinos que San Juan, el visionario de Patmos, nos ofrece, se oye la voz de un misterioso ser celestial quien, en medio de las plagas con las cuales Dios castiga a la impía humanidad, proclama:

«*Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas ; porque sangre de santos y profetas derramaron, y sangre les has dado a beber. Lo merecen. También oí a otro que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos*» (Apocalipsis 16: 5-7).

Los profetas de la antigüedad declararon con firmeza que Dios, en su justicia y santidad, no puede quebrantar las leyes morales de su universo, y que a pesar de sus muchas misericordias, sus juicios deben ejercerse contra el culpable. Nahum, a este respecto, afirma lo siguiente:

«*El Señor es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable*» (Nahum 1: 3).

En los escritos apostólicos se confirman estos juicios de Dios y su severidad con el culpable. En ellos, al propio tiempo que se presenta la gracia y salvación divina a todos los hombres, se hace énfasis en los justos juicios de Dios sobre los que desechan sus advertencias, anteponiendo a las mismas sus engañosos agüeros. San Pablo, tratando de la justa ira de Dios, no duda en afirmar con autoridad apostólica que «*nuestro Dios es fuego consumidor*» (Hebreos 12: 29).

Sorprende observar, en la narración de Dante, la calidad y cantidad de personajes que han practicado las artes adivinatorias. El poeta florentino nombra a reyes y nobles que se han dado a la astrología ellos mismos, o han vivido bajo el influjo de renombrados agoreros. No es de extrañar la larga lista que ofrece, pues bien sabido es que en la época en que Dante vivió florecieron las artes mágicas entre nobles y plebeyos, circulando al propio tiempo por la península italiana una apreciable cantidad de obras de astrología y adivinación.

Por las Santas Escrituras sabemos que mucho antes de que se generalizaran las prácticas de hechicería y astrología en la Edad Media, éstas habían existido en los pueblos de la antigüedad, incluso en los que alcanzaron alto grado de civilización. Bastará citar unos ejemplos para mostrarlo.

Durante el reinado de los faraones hyksos en Egipto -- unos 1.500 años antes de Jesucristo —, uno de estos monarcas tuvo un extraño sueño el cual olvidó al despertarse. La Escritura dice que para lograr una interpretación del

mismo, el faraón egipcio «*mandó llamar a todos los adivinos, y a todos los sabios de Egipto*». Algunos siglos más tarde, en la época del faraón Ramsés II, cuando Moisés efectuó algunos prodigios ante dicho monarca, se le opusieron unos «*hechiceros y magos egipcios*».

En Babilonia, otra de las cunas de civilización, también abundaron los astrólogos, los cuales llegaron a ser famosos en el mundo de aquel entonces. En la Escritura Santa se nos relata un incidente de la vida del rey Nabucodonosor, en el cual intervinieron «*magos, astrólogos, encantadores y caldeos*».

Sería demasiado prolijo citar la difusión de la astrología y adivinación en Persia, Grecia y Roma, hasta llegar a nuestros días, pasando por la tenebrosa Edad Media tan llena de superstición y ocultismo.

Volviendo al monstruoso castigo de aquellos adivinos, que tan fuerte impresión produjo en Dante, debe tenerse en cuenta que en las Sagradas Escrituras, Dios declara formalmente que la astrología o adivinación es una abominación. Se comprenderá mejor el dictamen divino si se piensa que el astrólogo, el adivino, o el agorero toman un lugar, y se atribuyen unas funciones que, a la larga, tienden a sustituir a Dios. Es, pues, lógico que Dios anatematice a los que con burdas prácticas quieren ocupar en la mente y corazón de los hombres el lugar que sólo él debe llenar.

Así vemos que en la antigüedad, el Señor por boca de sus profetas zahiere al pueblo de Israel por haber ido en pos de los agoreros y astrólogos, diciendo:

«*Va ha caer sobre ti un mal que no podrás conjurar, y te abrumará una ruina que no podrás remediar: caerá sobre ti, sin que preveas sus golpes. Acude ahora a tus encantamientos, a las muchas hechicerías con que te fatigas desde la niñez. Quizá puedan servirte, quizá puedan hacerte terrible. ¿Estás cansada de tanto consultar? Que vengan ahora que te salven, los que hacen la carta del cielo y observan las estrellas, y hacen la cuenta de los meses, de lo que ha de venir sobre ti. Helos ahí como briznas de paja, que serán consumidas por el fuego*».

Más abominable, si cabe, que las prácticas de astrología, son ante Dios los intentos de los adivinos que quieren penetrar en el más allá invocando a los muertos. Estas prácticas de ocultismo con fines de adivinación son severamente castigadas por Dios. Bastaría citar el caso del rey Saúl cuando consultó a la pitonisa de Endor, para darnos cuenta de que la invocación de los muertos —real o irreal—, atrae inexorablemente el justo juicio de Dios. Es de nuevo el profeta Isaías quien en su calidad de vocero divino dice a este respecto:

«*Si, sin embargo, os dijeren: Consultad a los encantadores y adivinos que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?*» (Isaías 8: 19).

Aunque no ignoramos que los deformes seres que albergaba el cuarto foso, sólo existieron en la imaginación del gran poeta florentino, la visión de los mismos encierra, no obstante, algo aleccionador, que corresponde en parte a su abominable pecado.

En efecto, los adivinos y astrólogos transformados en monstruos y destinados eternamente a retroceder y mirar hacia atrás, son como un fiel reflejo de la perenne angustia de los que, habiendo dado la espalda a Dios y su revelación, quisieron ver lo que les estaba vedado y saber los arcanos que el Señor revela tan solo a sus profetas.

Difícilmente podría hallarse un contraste más grande entre esta escena dantesca, de unos condenados cuya visión eran aquellas malditas paredes miradas siempre hacia atrás, y otra escena que se nos ofrece al final de la revelación

divina. En esta última, el Apóstol Juan, después de describir el lugar de bienaventuranza eterna que Dios ha preparado para los fieles, escribe:

«*He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor... No habrá ya maldición alguna, y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes*» (Apocalipsis 21: 3 - 22: 4).

VIII

LOS HIPOCRITAS

«*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación*».

Evangelio San Mateo 23: 14.

A medida que Dante y Virgilio iban acercándose al fondo del pozo infernal, más grande se hacían las dificultades que hallaban en su descenso.

Cuando llegaron al quinto foso, en el que reinaba la oscuridad, maestro y discípulo se encontraron con un lago de pez hirviendo en el cual estaban sumergidos los barateros, es decir, los que trafican con los cargos y honores que les fueron concedidos.

Al hacer la descripción de este foso, Dante aprovecha la ocasión para ir metiendo en él a los barateros de Florencia conocidos por su desaprensión. Fue durante la contemplación de aquellas burbujas que levantaba el hervor del espeso betún del foso, que maestro y discípulo tuvieron que hacer frente a un grupo de seres infernales armados de chuzos, quienes en su furor quisieron atacarles.

La sola mención de los nombres de aquellos seres del averno llenó de pavor a Dante. Sus nombres, en efecto, eran la exacta expresión de lo que eran y sentían. Labicocco —deseo voraz—, era el nombre de uno; Calcabrina —que pisotea el rocío, o sea la divina gracia—, el del otro; Rubicante —inflamado—, se llamaba el de más allá. Otros del mismo grupo tenían por nombre, Cañazo —perro malvado—; Graffiacane —perro que araña—, y Parfarelo —charlatán.

Acompañados por tan desagradable escolta, Dante y Virgilio prosiguieron su camino hacia el próximo foso. Penoso recorrido fue el suyo, pues al temor de verse atacados por uno de aquellos demonios, se añadieron las sanguinarias escenas que tuvieron que presenciar cuando los seres infernales atacaban a los condenados sumidos en aquel ardiente pecinal.

Gracias a un providencial accidente provocado por el furor de los demonios, los viandantes del averno pudieron escapar de aquella peligrosa compañía dirigiéndose precipitadamente hacia el sexto foso, donde aquel grupo de seres infernales no tenían jurisdicción.

Solos, en medio de un impresionante silencio, Dante y su guía llegaron a lo más profundo de aquella hoya. El espectáculo que se ofreció a su vista fue muy distinto de las horripilantes escenas que habían presenciado en los fosos precedentes. En efecto, en lo profundo de aquel lugar vieron una procesión de seres encapuchados que marchaban con pasos muy lentos alrededor del foso. Lo que más llamaba la atención de aquella silenciosa muchedumbre eran los lloros, y las muestras de gran cansancio que daban.

Aproximándose más a aquellos condenados, Dante se dio cuenta de que llevaban unos mantos con capucha hechos a modo de los que usaban los monjes de Colonia. A pesar de la oscuridad del lugar, los mantos, que eran dorados, tenían la virtud de deslumbrar al que los miraba fijamente.

De pronto, el poeta florentino descubrió el horrible castigo que ocultaban aquellas resplandecientes capas: por dentro, eran enteramente de plomo, y tan pesadas, que los condenados a llevarlas sólo podían andar lo más lentamente que les era posible.

No hay duda de que este suplicio infernal que Dante describe, lo tomó el poeta de un cruel tormento que el emperador Federico II había ideado para castigar a los reos de lesa majestad. Aquel monarca, ordenaba a sus verdugos que cubrieran a los culpables con una pesada capa o vestimenta de plomo, y con ella eran metidos en una urna a la que se aplicaba el fuego. Cuando el fuerte calor obraba sobre el plomo, éste se derretía sobre los ajusticiados, y así, aquellos desdichados morían en medio de horribles dolores.

No sabiendo cual era la causa de que aquellos condenados sufrieran tan extraño castigo, Dante y su guía se acercaron a la multitud. La procesión caminaba tan lentamente que a cada paso los viandantes del averno se veían al lado de nuevos condenados. Como uno de éstos oyó los deseos del poeta, les dijo: «Detened el paso los que corréis así por el aire lóbrego. En mí tendréis acaso lo que deseáis».

Virgilio y su discípulo tuvieron pues que detenerse para escuchar una de las confesiones más inverosímiles que habían oído durante todo su recorrido por aquella tenebrosa morada. En efecto, uno de los condenados, dirigiéndose a Dante, le dijo:

«Estas capas doradas están tan llenas de plomo que su peso hace crujir la balanza en que se sostienen —la balanza era evidentemente su cuerpo—...has venido al gremio de los tristes hipócritas».

Aquel manto infernal, dorado por fuera, pero pesadísimo por dentro, que ideó Dante como castigo de los hipócritas, encierra un simbolismo fácil de discernir. Bien sabido es, que el

hipócrita, bajo la dorada capa de una ficticia virtud, esconde un amasijo de maldad y de doblez que como plomo aplastará a los que ha escogido por víctimas. Allí, en el averno, Dante trueca los papeles, y, como hemos visto, es bajo el manto abrumador que los hipócritas caminan eternamente, aunque los dorados reflejos de la capa que les cubre disimulen su perenne angustia.

El patriarca Job, siglos antes de que Dante escribiera su Comedia, ya había intuido que la suerte del hipócrita era algo muy trágico, y que por haberse engañado a sí mismo y haber tratado de burlar a Dios, no quedaba para él la más leve esperanza de perdón ni bendición. Así se expresa aquel paciente patriarca de la antigüedad:

«*Por qué, ¿cuál es la esperanza del hipócrita, por mucho que hubiere robado, cuando Dios le quitare la vida? ¿Oirá Dios su clamor cuando le llegue la desventura?* (Job 27: 8-9).

Más adelante, Job declara que entre los impíos el hipócrita es quien desde su juventud agosta su alma, cerrando deliberadamente las avenidas de la gracia de Dios, y rebelándose contra las insinuaciones de la divina compasión. Esta tragedia que el hipócrita atrae hacia sí, Job la describe en los siguientes términos:

«*Los hipócritas de corazón atesoran para sí la ira, y no claman a Dios cuando él los encadena; por eso se extingue su alma en la juventud, y acaba su vida en la adolescencia*» (Job 36: 13-14).

Pero, aún más expresivas que las palabras de Job respecto a los hipócritas y su triste suerte, son las declaraciones de Jesucristo, las cuales han quedado consignadas en los Evangelios. Una somera lectura de estos últimos muestra que las expresiones más duras que salieron de labios del Divino Maestro fueron dirigidas contra los que con hipocresía trataron de oponerse a sus enseñanzas.

En efecto, Cristo, usando un lenguaje al alcance de las más sencillas mentes de sus oyentes, descubrió, en forma figurada, la verdadera naturaleza de aquellos rectores religiosos que con hipocresía quisieron tergiversar su doctrina y el carácter de los prodigios que realizaba. Una de las expresiones que más llama la atención, empleadas por el Divino Maestro, es el parangón que hace entre los hipócritas y los sepulcros. He aquí las palabras de Jesucristo:

«¡*Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, más por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad*» (Evangelio San Mateo 23: 27-28).

Podría, sin embargo, caerse en el error de creer que la hipocresía está exclusivamente ligada al fariseísmo, o si se quiere, al dirigente religioso que, como dice el Evangelio, «*dice, pero no hace*». No, la hipocresía puede hallarse tanto en el más encumbrado religioso que se opone abiertamente a las pretensiones de Cristo, como en el hombre más sencillo que quiere aparentar ante los demás una devoción o piedad que no corresponde a los sentimientos de su corazón.

No es de extrañar, pues, que Cristo, durante su ministerio terrenal, no se dejase deslumbrar por los grandes concursos de multitud que manifestaban exteriormente sus sentimientos religiosos. De los tales, al contrario, fue de los que el Divino Maestro dijo:

«*Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón lejos está de mí. Pues en vano me honran enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres*» (Evangelio San Mateo 15: 7-9).

Volviendo al relato de la Comedia, observamos que Dante quiso resumir en un siniestro personaje todo lo que la hipocresía encierra de maligno y perverso. En efecto, al final de su recorrido por el sexto foso del averno, el poeta florentino y su guía quedaron asombrados ante una horrible visión que se les presentó en medio del camino. Allí enfrente de ellos se hallaba un crucificado en tierra. Al verlos, el condenado retorció su cuerpo en angustiosos dolores. Uno de los réprobos que sufrían en el foso, viendo el asombro del poeta, le dijo:

«Ese a quien miras en una cruz aconsejó a los fariseos que convenía llevar a un hombre al suplicio por la salud del pueblo —se refiere al Sumo Pontífice Caifas. Desnudo está, como ves, y atravesado en medio del camino, viéndose condenado a sentir el peso de los que por aquí transitan».

Puestos aparte los elementos de la imaginación dantesca, no hay duda de que la hipocresía es uno de los pecados que merecen mayor castigo. No en balde, cuando Jesucristo en una de sus parábolas habla de la condenación de un mal siervo, dice textualmente:

«*Lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes*» (Evangelio San Mateo 24: 51).

IX

LOS LADRONES

> «*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones... heredarán el reino de Dios*».
>
> I Corintios 6: 9-10.

Duro trabajo tuvieron Dante y Virgilio para lograr salir del sexto foso donde los hipócritas eran atormentados. A causa de algunos puentes derruidos, fue con muchas fatigas que consiguieron llegar al límite de la hoya.

Dante, que ya creía haber presenciado los castigos más horrendos en los precedentes fosos, escribe en su Comedia que la espantosa visión de la séptima hoya infernal, «le heló la sangre». Cuando se lee la descripción de aquel nuevo tormento, se comprende el horror y al propio tiempo la aversión que debió sentir el poeta florentino.

Allí, en el fondo de aquel foso, Dante vió enlazadas una gran cantidad de serpientes. Aquel repugnante cuadro le recordó la larga lista de ponzoñosos reptiles que Lucano menciona en su «Farsalia», y el poeta florentino se atreve

a afirmar que ni todos ellos, junto con los más dañinos de Etiopía, y los que existían a orillas del mar Rojo, podían compararse con las asquerosas serpientes que pululaban en aquel foso.

Mirando más atentamente Dante descubrió que entre aquellos crueles y horrendos reptiles corrían algunas almas desnudas y espantadas, sin esperanza de hallar refugio en donde guarecerse. Lo que aumentó el pavor del poeta, fue ver que aquellos condenados tenían ligadas las manos atrás con serpientes que cruzando la cola y la cabeza por sus riñones iban a enlazárseles por delante.

Verse en aquel repulsivo lugar, ligados por ponzoñosos reptiles, podría haberse considerado como máximo castigo para aquellos condenados, pero su suplicio no sólo consistía en aquella desventurada situación, sino que además tenían que sufrir los dolorosos ataques de aquellas serpientes. Los efectos de la mordedura de los reptiles eran tan extraordinarios, que Dante quedó estupefacto.

En efecto, cuando uno de aquellos réprobos estaba próximo a Virgilio y su discípulo, una culebra se lanzó contra él, clavándosele en el sitio en que el cuello se une con las espaldas. Tan pronto como el furioso reptil clavó sus dientes en el condenado, éste se inflamó, comenzó a arder y cayó convertido totalmente en cenizas; así que estuvo en tierra desmoronado de aquella suerte, juntáronse las cenizas por sí mismas y con igual rapidez volvió de nuevo a su pasado ser.

Dante intenta descubrir el angustioso sentir de aquel condenado después de haber pasado por tan extraña metamórfosis. Al volver en sí, vacilante aún, el réprobo miró angustiado a su alrededor como si un demonio le hubiera arrojado al suelo paralizándole la vida. Suspirando lo observaba todo, sintiendo con horror como los infernales reptiles le encadenaban nuevamente. Al final de su relato el poeta florentino exclama:

«¡Oh justicia de Dios! ¡Cuán severa eres al descargar los golpes de tu venganza!».

Sin duda, Dante imaginaba que aquel extraño y repugnante suplicio estaba reservado para los más grandes criminales. Por medio de Virgilio, el bardo florentino quiere conocer la culpa de aquellos réprobos. Uno de ellos, llamado Vanni Fucci, que se calificaba a sí mismo como una «bestia», le dice que no está en aquella tétrica región a causa de derramamientos de sangre, sino por ladrón.

No es de sorprender que Dante escogiera las serpientes como uno de los instrumentos de suplicio en el averno. Además de la repugnancia que generalmente producen dichos reptiles, en las Santas Escrituras hallamos referencias a ellos para simbolizar el mal, el pecado, el dolor o la muerte.

Casi es ocioso mencionar «*aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás*», la cual desde los albores de la humanidad ha sido la causa de todas las desgracias que nos han sobrevenido como secuela de la caída de nuestros primeros padres.

Pero, además de esta antigua serpiente, que bien puede decirse que ha engendrado el pecado, en las Sagradas Escrituras se narran incidentes donde aparecen serpientes ardientes que ejecutan los juicios de Dios sobre el pueblo de Israel. Nos referimos particularmente a un episodio ocurrido durante la peregrinación de los israelitas por el desierto.

En su larga marcha por la península sinaítica, los israelitas que se dirigían a la tierra prometida, tropezaron con la resistencia de los habitantes de Edom, quienes les impidieron el paso por su territorio, debiendo por esta causa dar un gran rodeo por aquellas regiones desérticas.

El pueblo, cuando vio que debían tomar la ruta hacia el sur, camino del mar Rojo, llegó a desalentarse, y pronto

aquel desaliento se transformó en hostilidad, que no tardó en convertirse en un movimiento de rebeldía contra Dios y su siervo Moisés.

Los israelitas, que no estaban cosechando otra cosa que las consecuencias de su incredulidad precedente, empezaron a quejarse con palabras hirientes, diciendo a Moisés que ya estaban hartos de aquel maná, y añadiendo que mejor les hubiera sido no haber abandonado la esclavitud en que estaban sumidos en Egipto.

Como en otras ocasiones, Dios tuvo que intervenir con severidad. Esta vez, el instrumento de castigo fueron unas serpientes ardientes cuya mordedura era mortal. Tanto fue el pueblo que murió por los ataques de aquellos ponzoñosos reptiles, que los israelitas no tardaron en suplicar a Moisés que rogase a Dios hiciera cesar aquella plaga.

La divina respuesta ordenó a Moisés que se hiciese una serpiente de bronce y que la pusiera sobre un asta, con objeto de que cualquiera que fuese mordido por un reptil y mirase a ella, quedase inmune a los efectos del veneno y no muriese.

Aunque el incidente es histórico, no es difícil discernir en aquellas serpientes un símbolo del mismo pecado que castigaban; de ahí, que siglos más tarde, cuando Jesucristo quiso ilustrar el fundamento de la regeneración a un fariseo llamado Nicodemo, le dijo:

«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre —Jesucristo— sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Evangelio San Juan 3: 14-15).

Sí, Cristo, para lograr nuestra eterna redención tuvo que transformar en realidad el símbolo de la serpiente de bronce —figura del propio pecado— que Moisés alzó en un madero en pleno desierto. San Pablo, fiel intérprete de los arcanos divinos, lo expresa así:

«A quien no conoció pecado — Jesucristo — le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (II Corintios 5: 21).

Volviendo al relato de la Comedia, vemos como Dante, a pesar de haber sido tan profundamente impresionado por el suplicio de los ladrones, se da cuenta de que aquellos réprobos eran merecedores de tal castigo. En efecto, el malvado Vanni Fucci, después de declarar con arrogancia su dureza de corazón, elevó sus manos haciendo ademanes blasfemos, y gritando al propio tiempo: «¡Tómalos, Dios, que a ti te los dedico!».

El poeta florentino ante tanta terquedad en el mal obrar, confiesa que desde aquel entonces se hizo amigo de las serpientes, especialmente cuando vio que una de ellas se enroscó en el cuello del malvado Fucci, como diciendo: «No has de proferir más blasfemias».

Aunque es evidente que los que infringen el mandamiento, «no hurtarás», son dignos de castigo, no todos los ladrones serán condenados, puesto que también la gracia y el perdón de Dios les son ofrecidos. No sabemos con certeza si el publicano Zaqueo, a quien Cristo perdonó, era un ladrón, aunque sus palabras así lo sugieren cuando habla de devolver el cuádruple al que había defraudado algo.

Sin embargo, lo que no puede dudarse, es que los dos reos que ajusticiaron con Jesucristo en el monte Calvario, eran dos ladrones. Uno de ellos añadió a sus muchos robos la injuria a Cristo, y esto le condenó eternamente. El otro, arrepentido de sus pecados, confesó al Señor que estaba recibiendo el castigo merecido por sus muchos latrocinios. Luego, en un extraordinario acto de fe, y dejando, por así decir, de ser ladrón, suplicó a Cristo —a quien reconoció como Rey— que cuando llegase a su reino se acordara de él.

Para aquel ladrón arrepentido y lleno de fe, el suplicio terminó en la cruz. Tan pronto traspasó los umbrales de la eternidad no hubieron para él tinieblas ni serpientes, pues se halló en presencia de su Redentor, del mismo que había llevado sus culpas sobre el madero, y que por tal motivo pudo decirle antes de expirar:

«*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso* » (Evangelio San Lucas 23: 43).

X

LOS SACRILEGOS

«¿Puede el hombre robar a Dios? Pues vosotros me estáis robando y decís: ¿En qué te robamos? ¡En los diezmos y ofrendas! Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me estáis robando».

Malaquías 3: 8-9.

Tanta ha sido la abundancia de ladrones en la historia de nuestro viejo mundo, que no es sorprendente ver el lugar que Dante da al castigo de dichos delincuentes en el séptimo foso del averno.

Aunque ya habían sido testigos de algunos suplicios que aquellos condenados sufrían por sus hurtos, el poeta florentino y su guía aún tendrían que asistir a terribles y repugnantes escenas en aquel inmundo foso donde moraban los réprobos.

El primer incidente que llenó de espanto a Dante, fue la repentina aparición del famoso ladrón Caco, que había tenido su guarida en el monte Aventino. El poeta florentino, siguiendo la ficción de Virgilio en su Eneida, presenta a Caco bajo la figura de un violento centauro lleno de serpientes

desde las ancas hasta la boca. En la espalda de tan feroz bestia iba posado un dragón que abrasaba cuanto se oponía a su paso.

Simultáneamente con esta pavorosa visión, Dante oyó unas palabras dirigidas a él y Virgilio, aunque sin acertar de donde procedían. Al fin, pudo distinguir tres ladrones que, según él mismo relata, eran tres ciudadanos de la buena sociedad de Florencia que se habían enriquecido a costa del tesoro público de aquella república.

El poeta tenía sus ojos fijos en ellos e iba ya a responderles, cuando, de repente, ocurrió algo monstruoso. El propio Dante, antes de relatar aquel suceso, disculpa al lector que no lo crea, puesto que él mismo a pesar de haberlo visto apenas si le daba crédito. He aquí la narración del poeta:

«Fija tenía yo en ellos la vista cuando un reptil con seis pies se arrojó sobre uno y se enroscó enteramente en él. Con las patas de en medio le sujetó el vientre y con las de delante le apretó los brazos, clavándole los dientes en las dos mejillas. Ciñóle los muslos con las posteriores, y metiendo entre ellos la cola la subió, ajustándosela por encima de los riñones».

Dante, apenas podía creer aquella repugnante escena que veía, la cual más bien parecía la pesadilla de un orate que algo real, pero su horror llegó al colmo cuando el réprobo así ligado por el asqueroso reptil fue transformándose él mismo en serpiente. Pero, dejemos que el poeta relate lo que vio:

«Trabáronse entre sí cual si hubieran sido de cera derretida, y mezclaron sus colores de suerte que ni uno ni otro parecían ya lo que habían sido. En efecto, las dos cabezas se habían convertido en una y aparecieron dos cuerpos con sólo un rostro, en que se habían confundido entrambos. De los cuatro extremos resultaron dos brazos; los muslos y las piernas, el vientre y el pecho se trocaron en miembros nunca vistos; todo su primitivo aspecto ya era otro; la imagen confusa representaba dos seres sin ser ninguno... Por fin, el alma del que se había trocado en serpiente desapareció silbando por el valle, y el convertido en hombre iba detrás escupiendo mientras hablaba».

Aunque es obvio que en estas descripciones del séptimo foso, Dante despliega las alas de su imaginación como en ningún otro lugar, no es menos cierto que con estas extraordinarias transmutaciones el poeta florentino quiere hacer énfasis en la gravedad de la culpa de aquellos condenados.

Y es que, no solamente es ladrón el que roba los bienes de su prójimo, quebrantando así la Ley de Dios, sino que además hay hurtos mucho más graves que reclaman la pena capital para el que los comete. En el libro de la Ley, Dios claramente muestra su repulsa contra tales robos, dictaminando su sentencia en los siguientes términos:

«*Cuando fuere hallado alguno que hubiere hurtado a uno de sus hermanos los hijos de Israel, y le hubiere esclavizado, o le hubiere vendido, morirá el tal ladrón, y quitarás el mal de en medio de ti*» (Deuteronomio 24: 7).

Puede objetarse que estos y otros mandamientos han perdido su vigencia, ya que en la actualidad la esclavitud ha pasado a la historia y no hay quien se atreva a dedicarse a la «trata de negros» porque sería perder el tiempo.

Cierto es que la «trata de negros» terminó hace ya años, pero no podríamos afirmar lo mismo de la «trata de blancas», este moderno comercio más aborrecible, si cabe, que el de aquellos pobres esclavos que eran tratados como simples bestias En nuestros días, no son pocos los casos de «trata de blancas», y aunque a los alcahuetes —ahora viste más llamarse proxeneta— no se les considere ladrones, creemos que el robo del pudor y la virtud les convierte en unos de los peores robadores.

Existe otra clase de robo a la que apenas se da importancia en nuestros días. Quizá no se tiene en cuenta por lo generalizado que está, y al propio tiempo, porque no se expone ante el gran público, ni reclama audiencias especiales. Estos hurtos escondidos, hechos al amparo del caciquismo, son severamente denunciados por los Apóstoles, los cuales no sólo ven en ellos una ofensa a la dignidad humana, sino también una injuria a la justicia de Dios. Así se expresa Santiago a este respecto:

«¡*Vamos ahora, ricos*! *Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas comidas por la polilla; vuestro oro y plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego. Habéis atesorado para los últimos días. El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos*» (Santiago 5: 1-4).

Peor aún que este robo al indigente, que este comercio con el sudor del sencillo trabajador, es cuando el hurto se realiza por motivos religiosos, y en nombre de Dios. Ya en lo antiguo, Dios tuvo que fustigar a los dirigentes religiosos del pueblo de Israel, los cuales con excusas deshonestas e injustas habían despojado a los humildes. Uno de los profetas que más claramente anunció el juicio contra tales ladrones fue Isaías, quien al comienzo de su libro profetiza:

«*Yavé está en pie para acusar, se alza para juzgar a los pueblos. Yavé vendrá a juicio contra los ancianos y los jefes de su pueblo, porque habéis devorado la viña, y los despojos del pobre llenan vuestras casas; porque habéis aplastado a mi pueblo, y habéis machacado el rostro de los pobres, dice el Señor, Yavé de los ejércitos*» (*Isaías* 3: 13-15).

Aunque los hurtos citados anteriormente son considerados como graves, Dante menciona otro que, por cometerse

contra Dios y las cosas sagradas, es el robo que merece mayor castigo. En efecto, en su Comedia aparece un ladrón sacrílego llamado Vanni Fucci, a quien ya nos hemos referido anteriormente. Este sacrílego logró penetrar en la sacristía de la iglesia de Santiago, de Pistoya, la cual era famosa por la riqueza de los ornamentos sagrados que se guardaban en ella. Junto con otros dos malhechores, Fucci se apoderó de todas aquellas riquezas, por cuyo acto fue condenado a la horca.

Si grave es el robo de objetos religiosos destinados al culto, existe un latrocinio mucho peor que puede considerarse como el sacrilegio más nefando. No nos referimos al hurto de alguna venerable reliquia de inestimable valor, sino más bien al robo que puede hacerse directamente a Dios.

Sin duda, parecerá extraña la idea de que el hombre pueda robar algo a Dios, pero en las Sagradas Escrituras, el Señor, por boca de su profeta Malaquías, asegura que los israelitas le estaban robando. Júzguense las razones divinas por las propias palabras del profeta:

«*¿Puede el hombre robar a Dios? Pues vosotros me estáis robando y decís: ¿En qué te robamos? ¡En los diezmos y ofrendas! Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me estáis robando*» (Malaquías 3: 8-9).

Podrá argüirse que los robos a que alude el profeta sólo podían cometerse en los antiguos tiempos cuando los judíos debían cumplir ciertas leyes ceremoniales en el Templo de Jerusalén. Algo hay de razón en la objeción, pero sólo en parte, puesto que aunque los tiempos han cambiado, y las antiguas ceremonias han desaparecido, sin embargo, existen muchas maneras de robar a Dios.

En efecto, a Dios se le puede robar la honra que le es debida y la alabanza de la cual es digno, por no hablar de la confianza que nos merece, la cual no pocas veces le hurtamos. Pero, sobre todas estas cosas, lo que generalmente robamos a Dios es nuestro corazón, nuestra vida.

En los Evangelios hallamos un ejemplo que ilustra este último robo. Cuando el hijo pródigo de la parábola pidió a su padre la parte de bienes que le correspondía, para ir a despilfarrarla con meretrices en lejanas tierras, no sólo intentaba dilapidar la hacienda paternal, lo cual equivalía a un hurto, sino que además robaba a aquel tierno padre el afecto filial que le debía, y su presencia tan querida en el hogar.

¡Cuántos millones de sacrílegos hay en nuestros días¡ Cómo sorprenderse al oír repetirse como un eco a través de las generaciones, la voz del Padre celestial que ruega diciendo:

«*Dame, hijo mío, tu corazón*» (Proverbios de Salomón 23: 26).

XI

LOS ENGAÑADORES

«No os engañéis; de Dios nadie se burla: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará».

Gálatas 6: 7.

Cuando Dante, con muchos trabajos, pudo salir de aquella séptima sentina del averno, su ánimo estaba en extremo perturbado a causa de aquellas horribles metamórfosis de los condenados por latrocinio.

Junto con Virgilio, el poeta florentino se encaminó hacia el octavo foso. La solitaria senda era muy escabrosa, teniendo en ocasiones que recurrir al auxilio de las manos para no despeñarse en el tenebroso abismo que se abría a ambos lados del camino lleno de guijarros y pedruscos.

El pedregoso sendero condujo a los viandantes del infierno a una especie de puente rocoso desde el cual se divisaba una hoya donde se entrelazaban las tinieblas con ígneos resplandores de misteriosa procedencia.

De pronto, Dante distinguió en aquellas tinieblas una innumerable cantidad de lucecillas que le recordó el tenue resplandor de las luciérnagas que pululan por los campos en

las noches de verano. Fijando su vista en lo profundo del foso, pudo percibir el movimiento de unas llamas que parecían errar sin rumbo de un lugar a otro de la hoya.

Tan singular fenómeno despertó la curiosidad de Dante, quien se dirigió a su guía para inquirir sobre la naturaleza de aquellas llamas. Virgilio le respondió: «Dentro de esas llamas están las almas, cada una envuelta en aquella que arde».

Así que Virgilio hubo terminado de hablar, una extraña llama, ascendiendo rápidamente, se acercó a los viajeros. Cuando llegó a su altura, Dante observó con asombro que la llama estaba dividida en dos puntas por la parte de arriba. Viendo su asombro, Virgilio abrió de nuevo su boca para aclararle que en aquel fuego, tan distinto a los demás, gemían atormentados Ulises y Diomedes, dos célebres capitanes griegos, quienes gracias a sus engaños hicieron caer a Troya. Aquellos engañadores eran castigados dentro de la misma llama por el fraude del caballo de madera, que fue el origen de la destrucción de Troya.

No sabemos si Dante, para describir el suplicio de los engañadores, se inspiró en la parábola del rico y Lázaro que Cristo pronunció, y en la cual el rico aparece en el infierno, diciendo: «*estoy atormentado en esta llama*» (Evangelio San Lucas 16: 24). Se inspirase o no en ella, lo cierto es, que el engañador merece tal castigo, pues en las Sagradas Escrituras está escrito que:

«*Dios abominará al engañador*» (Salmo 5: 6).

La gravedad de la culpa del hombre engañador es más comprensible cuando en los santos Evangelios se leen las declaraciones del Divino Maestro respecto al engaño. En efecto, según Jesucristo, el engaño no es algo liviano y sin importancia, sino un acto que tiene sus raíces en lo más profundo del corazón humano, y que es capaz de contaminar al hombre. He aquí lo que Cristo dijo:

«*Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios... el engaño... Todas estas maldades de dentro salen y contaminan al hombre*» (Evangelio San Marcos 7: 21-23).

No es sorprendente que Dante haya tenido que dedicar dos cantos de su Comedia al suplicio de los engañadores. El tema del engaño y sus funestas consecuencias en la humanidad necesitaría una Comedia entera para ser tratado. Recuérdese que desde los albores de la historia, el engaño hace acto de presencia para destruir la felicidad de aquellos primeros seres que habitaban el Edén. Desde entonces el engaño no ha cesado de cundir a causa de una razón muy sencilla que se señala en las Sagradas Escrituras:

«*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*» (Jeremías 17: 9).

Volviendo al relato dantesco, hallamos que el poeta florentino presenta una fantástica narración de Ulises, en la que éste y sus compañeros de viaje perecen al fin ahogados. Tan pronto hubo terminado de hablar el famoso capitán griego, la llama en la que su alma estaba encerrada, junto con la de Diomedes, fue alejándose lentamente hacia las tinieblas del abismo.

Mientras maestro y discípulo la veían desaparecer, llegó a sus oídos un confuso rumor. Aquel lastimoso ruido recordaba el bramido de un toro traspasado por el dolor, pero que al no tener espacio por donde exhalarse en medio del fuego, se convertía en un leve zumbido.

Como aquella llama continuase agitándose, Dante quiso indagar quien era el condenado que así sufría. Movióse la aguda punta de fuego a uno y otro lado, y por fin se expresó en los siguientes términos:

«Yo fui hombre de armas, y después fraile franciscano, persuadido de que con aquel hábito enmendaría mis yerros,

y ciertamente se hubieran mis propósitos realizado a no ser por el gran Sacerdote —se refiere al papa Bonifacio VIII— (¡mal haya de él!), que me hizo recaer en mis pasadas culpas. Mientras revestí la forma de carne y hueso que me dio mi madre no fueron de león mis obras, sino de zorra. Llevé a cabo toda especie de arterías y engaños, y tan diestro fui en las malas artes que se dilató mi fama hasta los confines de la tierra... Y aquí donde me ves estoy padeciendo, y vestido de esta suerte doy pábulo a mis dolores».

Así habló el conde Guido de Montefeltro, célebre intrigante de los días en que Dante vivió.

De los distintos personajes que aparecen en la dantesca descripción del octavo foso, se desprende que existe una gran diversidad de engañadores. Desde el propio diablo hasta el humano de más noble alcurnia pueden citarse un sinnúmero de personas que han usado del fraude para lograr sus fines.

Aunque Dante no se atrevió a exponer los distintos engaños empleados, en las Santas Escrituras hallamos una extensa gama de los tales, que podrían ser reunidos en cuatro grupos: los fraudes que causan perjuicio en bienes materiales; los engaños que atañen a las cuestiones espirituales; el engaño de sí mismo, y en fin, el tratar de engañar a Dios.

En su narración, Dante sólo se refiere a los fraudes que tienen por objeto lo material, tales como, el engaño del caballo de Troya —que más bien puede considerarse como una traición—, o el fraudulento consejo que dio el conde Guido de Montefeltro al papa Bonifacio VIII.

Sería demasiado prolijo enumerar las muchas ocasiones en que se menciona esta clase de engaño en las Santas Escrituras, ya que, en realidad, la historia de la humanidad es una interminable sucesión de fraudes que se van enla-

zando unos con otros hasta formar un gigantesco círculo vicioso. Tratando sobre esta cuestión, San Pablo dice textualmente:

«*Los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados*» (II Timoteo 3: 13).

Peores que los engaños relacionados con lo material, son los que atañen a lo espiritual. En efecto, emplear el fraude en las cosas sagradas es mucho más grave que el engaño antes mencionado, puesto que, el fraude espiritual ocasiona consecuencias nefastas no sólo para el que lo comete, sino además para los que puedan ser inducidos a error por tal engaño.

No es sorprendente, pues, que San Pablo, refiriéndose a ciertos embaucadores que con filosofías y hueras sutilezas trataban de engañar a los fieles, escriba:

«*Nadie os engañe con palabras vanas, pues por esto viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia*» (Efesios 5:6).

El más absurdo de los diversos fraudes es, sin duda, el engaño de sí mismo. Aunque este engaño esté reñido con la lógica más elemental, es común a todos los humanos de todas las latitudes. La Escritura Santa nos revela la razón de que se produzca este disparatado fraude. Abdías, uno de los profetas de la antigüedad, declara expresamente que:

«*La soberbia del corazón, engaña*» (Abdías, verso 3).

Pero, la verdadera causa del engaño de sí mismo, consiste en algo universalmente conocido y practicado: el pecado. En efecto, en el libro de los Proverbios, habla la Sabiduría divina —que puede identificarse con el Verbo de Dios—, la cual dirigiéndose a los hombres, dice:

«*El que peca contra mí, defrauda su alma*» (Proverbios de Salomón 8: 35).

Intimamente ligado a este engaño del alma, a este pecado que no puede resultar sino del desvarío humano, se halla el supremo engaño: el querer engañar a Dios. El hombre que defrauda a sus semejantes y llega a engañarse a sí mismo, no cree difícil poder engañar también a Dios. Es en ese vano empeño que se da cuenta de su impotente perfidia, puesto que está escrito:

«*No os engañéis; de Dios nadie se burla: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*» (Gálatas 6: 7).

No hallamos mejor colofón a lo tratado, que citar la resolución del patriarca Job, quien ante Dios hizo la siguiente promesa:

«*Mientras en mí quede un soplo de vida, y el hálito de Dios aliente en mis narices, jamás mis labios proferirán una injusticia, ni mi lengua pronunciará engaño*» (Job 27: 3-4).

XII

LOS SEMBRADORES DE DISCORDIA

> «*¿De dónde vienen las guerras, y de dónde las contiendas entre vosotros? ¿No es de esto, del amor a vuestros placeres, los cuales hacen la guerra en vuestros miembros?*».
>
> Santiago 4: 1-2.

Parece que en la narración de su recorrido por el infierno, Dante se siente impulsado a referir todos los suplicios imaginables con una singular abundancia de detalles. En efecto, después de haber descrito el ígneo tormento que los engañadores sufrían en el octavo foso del averno, el poeta florentino pasa a relatar el horrendo espectáculo que se ofrecía ante su vista en la nueva hoya abierta a sus pies.

Tanto le impresionó el sangriento tormento, que antes de exponerlo con fuertes trazos, se excusa de la pobreza de su descripción y la falta de expresiones capaces de abarcar el cruento espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Cuando Dante y su guía penetraron en el recinto de la novena hoya, no podían creer lo que veían. Allí, en el fondo de aquel foso infernal, una multitud incontable daban sin cesar vueltas alrededor del tenebroso lugar. Lo

horroroso de aquella interminable procesión era que se trataba de seres mutilados. Unas palabras del poeta bastarán para mostrarnos su profunda impresión:

«No se ve tan vacío un tonel que ha perdido las tablas de su fondo —escribe Dante—, como vi a uno de los condenados abierto todo desde la barba al pubis; colgábanle los intestinos entre las piernas y la asquerosa parte del vientre...».

Dante, en su asombro, no podía apartar su vista de aquel ser monstruoso, cuando, de repente, el réprobo dirigiéndose a él, y abriéndose el pecho con las manos, dijo:

«Mira cómo me desgarro... Todos los demás que están aquí fueron promotores de discordias y cismas, y por eso se ven descuartizados de esta suerte. Detrás viene un diablo que nos destroza sin piedad, sometiendo a los golpes de su espada a toda esta multitud cuando damos vuelta al penoso circuito, porque se nos cierran las heridas antes de que volvamos a ponernos delante de él».

No hay duda de que Dante imaginó este cruento suplicio para los sembradores de disensiones y los autores de cismas, porque era como un fiel reflejo de los nefastos resultados de la diabólica obra de tales réprobos. En efecto, en la Santa Escritura se revela que la raíz de todos los conflictos, revoluciones y guerras, es la sed de dominio y la insaciable codicia de ciertos hombres.

Santiago, en su epístola, pone en evidencia los motivos que impulsan a los promotores de contiendas para desgarrar la unión y la paz entre los hombres, y lanzarlos unos contra otros. Así escribe:

«*¿De dónde vienen las guerras, y de dónde las contiendas entre vosotros? ¿No es de esto, del amor a vuestros placeres, los cuales hacen la guerra en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y envidiáis, y no podéis alcanzar; contendéis y guerreáis, pero no tenéis lo que deseáis...*» (Santiago 4: 1-2).

No es ilógico pensar que Dante quisiera hacer corresponder el desgarramiento universal que provocan los autores de guerras y conflictos, con el desgarro y mutilación a que se veían sometidos en el averno los culpables de tan alevoso crimen contra la humanidad.

En su relato, el poeta florentino menciona a algunos famosos intrigantes y sembradores de discordia, entre los cuales descuellan, Malatestino señor de Rímini, y el tribuno romano Curión que aconsejó a César el empleo de la violencia, inaugurando así un período de guerras intestinas en el Imperio Romano.

Otro personaje que aparece en la narración dantesca es Beltrán del Born, vizconde del castillo de Altaforte, en Gascuña. Este noble, a pesar de ser un valeroso guerrero, era amigo de banderías y de sembrar cizaña. Fue él, en efecto, quien incitó a Enrique, el primogénito de Enrique II, a mover guerra contra su hermano Ricardo, conde de Guiena. El pérfido consejo de Beltrán del Born fue el origen de la prematura muerte de Enrique, quien falleció en la flor de su vida. Dante queriendo, sin duda mostrar la grave culpa del vizconde, lo presenta en el averno sufriendo uno de los más extraños y cruentos castigos.

«Vi —escribe el poeta—, y aún parece que se me representa, un cuerpo sin cabeza, que iba andando como los demás de la miserable turba. Cogida la degollada cabeza por los cabellos, llevábala suspendida de la mano, a manera de linterna, y nos miraba y decía: «¡Ay de mí!». Servíase de ella como de antorcha para sí mismo. Eran dos en uno, uno en dos; como podría ser sábelo sólo el que lo dispuso».

Además de estos promotores de discordias y violencias, Dante, en su relato, hace desfilar siniestros personajes que agravaron su culpa tomando ocasión de la religión para promover disensiones y escándalos que tuvieron más funestas consecuencias para la humanidad que los conflictos políticos antes mencionados.

El poeta florentino se refiere a algunos orientales que fundaron nuevas religiones, tales como Dolcino, famoso anacoreta que vivió en días de Dante, quien después de predicar monstruosidades, consiguió rodearse de más de tres mil hombres con los cuales cometió toda clase de atropellos y violencias durante dos años.

En la Santa Escritura también se menciona a esta clase de réprobos, los cuales hicieron su aparición en los primeros años de la historia de la Iglesia, comprometiendo con sus artificios la buena marcha de aquellas primeras comunidades cristianas. Estos astutos sembradores de cizaña trataron de ejercer su aciaga influencia incluso en la iglesia de Roma. Fue por tal causa que San Pablo tuvo que escribir a los fieles romanos en los siguientes términos:

«*Os ruego hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y escándalos en contra de la doctrina que habéis aprendido y que os apartéis de ellos. Porque semejantes personas no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a sus propios vientres*» (Romanos 16: 17-18).

Cristo, el divino Maestro, también habló de estos promotores de escándalos, y sus palabras, consignadas en los Evangelios, pueden considerarse como de las más severas que profirió durante su ministerio público. Fue hablando especialmente de los que trataban de escandalizar a los pequeños, trastornando su sencilla fe, que Jesucristo pronunció las siguientes frases:

«*Cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que se le atase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos; mas, ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo!*» (Evangelio San Mateo 18: 6-7).

La narración dantesca del castigo de los sembradores de discordia, los promotores de escándalos y los cismáticos, termina con la mención de uno de los casos más tristes de deslealtad e intriga que pueden leerse en las Santas Escrituras.

Se trata de la pérfida actitud de Absalón, el hijo de David, quien durante cuatro años estuvo halagando al pueblo con hipocresía, tratando, dice la Escritura, «*de robar el corazón de los hijos de Israel*». Cuando, merced a sus adulaciones, Absalón creyó haberse ganado la voluntad de la gente, urdió un astuto plan para hacerse proclamar rey y derrocar del trono a su anciano padre.

Este hábil promotor de conflictos halló en Ahitofel un sagaz consejero. Sin embargo, a pesar del triunfo inicial del golpe de estado, aquel hijo desnaturalizado, que quiso desgarrar el reino atentando contra la autoridad paterna, murió de muerte violenta, y su propio consejero se quitó la vida por despecho.

De todo lo expuesto se desprende, pues, que los sembradores de discordia, y los promotores de conflictos y guerras, tienen bien merecido su castigo. En contraste con el triste destino de tales réprobos, Jesucristo, en su Sermón del Monte, se refirió a los que aborrecen las contiendas y las violencias, diciendo de ellos:

«*Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios*» (Evangelio San Mateo 5: 9).

XIII

LOS FALSIFICADORES

«Estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo... su fin será conforme a sus obras».
II Corintios 11: 13-15.

Ante la diversidad de horrores que Dante presenció en el noveno foso del averno, las lágrimas se agolparon a sus ojos de tal manera que deseaba detenerse para desahogárse en llanto. Virgilio, aun comprendiendo el dolor de su discípulo, le instó a seguirle, pues todavía les quedaba largo camino a recorrer para llegar al décimo y último foso del octavo círculo infernal.

En medio de aquellas impresionantes tinieblas, Dante siguió, sollozando, tras su maestro. Pero las dolorosas sorpresas del poeta florentino no habían llegado aún a su término. En efecto, cuando entraron en el último recinto del Malebolge, Virgilio y su discípulo pudieron divisar en el fondo de la hoya a una multitud de réprobos que yacían sobre las espaldas unos de otros o sobre su vientre, mientras que otros andaban arrastrándose por el suelo.

A medida que descendían la última pendiente y se acercaban al foso del suplicio, los lastimeros quejidos de los

condenados taladraban como aceradas puntas los oídos de los viandantes del averno. Semejantes ayes y lamentos llegaban envueltos en un hedor como de carne putrefacta. Dante no podía soportar aquellos angustiosos gemidos, y trató de no oírlos tapándose los oídos con ambas manos.

Tanta miseria, enfermedad y lamentos trajo a la mente del poeta la tragedia que había ocurrido en Egina, un islote cerca del Peloponeso, donde en tiempos del rey Eaco hubo una peste tal, que perecieron todos los hombres y animales, hasta el gusano más pequeño.

Caminando lentamente, sin hablar palabra, maestro y discípulo llegaron a la altura de dos réprobos que tenían el aspecto de leprosos. Sentados, y apoyándose el uno en el otro, como se apoyan las tórtolas para calentarse, aquellos dos condenados no cesaban de rascarse la piel con sus afiladas uñas, para mitigar la rabiosa picazón que les atormentaba. Aquel interminable trabajo dejaba sus cuerpos en carne viva.

A preguntas de Virgilio, uno de los condenados le respondió que había sido un embaucador en Arezzo. Griffolino, pues tal era el nombre del réprobo, confesó con su compañero de castigo, que el verdadero motivo por el cual se hallaban sufriendo, era el haber falsificado metales por medio de la alquimia. Griffolino fue arrojado a la hoguera por Alberto de Siena, ya que en aquellos tiempos a los alquimistas se les tenía por brujos o hechiceros.

Prosiguiendo su camino, Dante y su guía presenciaron otra escena que no iba a la zaga de la precedente en horror. En efecto, el poeta florentino vio como dos sombras palidas y desnudas iban mordiendo a todas partes mientras corrían. Dante los comparó a los cerdos cuando escapan de su porquera. De repente, uno de aquellos energúmenos alcanzó a un réprobo, y asiéndole con los dientes por el cogote le arrastró haciendo que barriera el duro suelo con el vientre.

Otro de los condenados, que lleno de espanto había asistido a aquel brutal ataque, dirigiéndose a Dante le dijo:

«Este turbulento espíritu es Gianni Schicchi que con tal rabia va hostigando a los demás».

Se sabe por la historia que Schicchi fue un célebre falsificador florentino, de los Cavalcanti, que tuvo una singular habilidad para trastocar su figura. Uno de los casos más conocidos de suplantación de personalidad, fue el que Schicchi consiguió realizar en ocasión de la muerte de Buoso Donati. Tan astutamente representó su papel el impostor que, metiéndose en la propia cama del difunto, consiguió otorgar testamento en favor de Simón Donati, un amigo suyo, que le recompensó con largueza.

En el detallado relato dantesco, puede observarse el amplio lugar que ocupan los castigos de los distintos falsificadores. Es obvio que entre los tales, da mayor culpa y peor castigo a los suplantadores, puesto que el mismo hecho de usurpar la personalidad o derecho del prójimo, con el fin de lucrarse, implica una doble falta.

Entre los casos más viles que menciona el poeta, se halla el de la malvada Mirra, quien, según lo que Ovidio relata en sus «Metamorfosis», consiguió desfigurarse de tal forma que logró engañar a Ceniras, su progenitor.

En las Santas Escrituras hallamos muchos casos de falsificadores y suplantadores. El primero y más peligroso de los suplantadores, y a quien se puede atribuir la paternidad de todas las falsificaciones, es Satanás, quien desde el principio supo valerse de una serpiente para engañar a Eva.

Desde que el ángel rebelde consiguió arrastrar al hombre tras sí en su caída, ha empleado s astucia para transfigurarse, según las circunstancias lo requieran, con el único fin de extraviar a los humanos con sus ardides. Tanto es así, que el propio San Pablo afirma que:

«*El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz*» (II Corintios 11: 14).

No han sido pocos los que han aprendido a emplear las argucias diabólicas, y desde tiempos antiguos hallamos aprovechados discípulos de Satanás, quienes, como dijo Jesucristo, «*vienen vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces*».

Un caso típico de tales falsos profetas lo hallamos en Balaam, quien sobornado por Balac, rey de Moab, quiso aprovechar sus pretendidas facultades sobrenaturales para maldecir al pueblo de Israel. Dios no permitió que aquel embaucador realizara su propósito, y finalmente Balaam murió de muerte violenta.

También en los tiempos apostólicos se propagaron los suplantadores, no ya como profetas, pues no podían hacer alarde de videntes, sino como apóstoles de Cristo. Fue contra los tales que el Apóstol Pablo tuvo que sostener una ruda lucha, pues las actividades de estos impostores pusieron en grave peligro la misma esencia de la doctrina cristiana.

No es de sorprender, pues, que refiriéndose a estos suplantadores religiosos, que trataban de presentarse como «ministros de justicia», San Pablo emplee las mismas palabras que usó para describir las tretas del diablo, escribiendo lo siguiente:

«*Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo... su fin será conforme a sus obras*» (II Corintios 11: 13-15).

Volviendo a la narración dantesca, hallamos al poeta florentino y su guía en el tenebroso foso, donde después de haber asistido a los atropellos de aquellos dos energúmenos que más bien parecían dos furias infernales, tuvieron que presenciar el espantoso suplicio de los falsificadores de moneda.

El relato del tormento de uno de tales falsificadores, bastará para darnos cuenta de la impresión que Dante recibió ante aquel repulsivo espectáculo. En efecto, el poeta al dirigir su mirada sobre un grupo de miserables, vio a uno que, con sólo haberle cortado las piernas por las ingles, hubiera parecido un laúd. El réprobo así desfigurado estaba tan hinchado por una grave hidropesía, que su rostro no correspondía al vientre, lo cual le obligaba a tener los labios abiertos como el tísico que aquejado por la sed alza el uno y deja caer el otro sobre el mentón.

Al lado de aquel desventurado, Dante advirtió la presencia de dos réprobos, que en vez de seres humanos parecían antorchas medio consumidas. Los dos, inmóviles, despedían un pestífero humo que subía lenta pero continuamente de aquel horrible foso. El extraño castigo de aquellos dos condenados, despertó la curiosidad de Dante, quien dirigiéndose al monstruoso hidrópico, le preguntó acerca de ellos:

«Hallélos aquí —respondió el réprobo— cuando caí precipitado en esta sima, y después no se han movido, e inmóviles creo que seguirán por toda la eternidad. La una es la pérfida que acusó a José; el otro es el malvado Sinón, el griego de Troya: su aguda fiebre es causa del pestilente vapor que exhalan».

Se trataba, pues, de otra clase de falsificadores: los que falsearon la verdad mintiendo. La violentísima fiebre que Dante atribuye a la infame mujer de Potifar, es como un fiel reflejo de la culpable pasión que consumió a aquella innoble dama egipcia.

Además de los perjuicios que pueden resultar de los embustes de los mentirosos, como ocurrió en el caso de la mujer de Potifar, Jesucristo afirmó que los falseadores de la verdad son seguidores de Satanás. He aquí sus propias palabras:

«*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira*» (Evangelio Juan 8: 44).

No es, pues, sorprendente que al final de la revelación divina los que falsearon la verdad sean mencionados en la lista de los réprobos, para quienes no habrá esperanza de salvación. En efecto, en una de las últimas y solemnes declaraciones de juicio, el justo juez de toda la tierra da su veredicto en estos términos:

«*Los cobardes, los incrédulos, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda*» (Apocalipsis 21: 8).

Terminaremos citando la petición de un hombre piadoso de la antigüedad que intuyó los grandes peligros de caer en las redes de la mentira:

«*Apártame del camino de la mentira, y en Tu misericordia concédeme tus enseñanzas*» (Salmo 119: 29).

XIV

LOS FRATRICIDAS

> «*Caín, que inspirado del maligno mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas*»
>
> I Juan 3: 12.

Atravesando silenciosos por encima del margen que rodeaba el desventurado recinto que tanta miseria albergaba, Dante y Virgilio prosiguieron su camino con objeto de llegar al noveno y último círculo del averno.

En aquel tétrico lugar no era de día ni de noche, de modo que la vista alcanzaba poco. De pronto, Dante oyó sonar una gran trompa, tan fuertemente, que habría impuesto silencio a cualquier trueno. Los ojos del poeta, siguiendo la dirección que aquel ruido traía, se fijaron en algo que le pareció ser unas torres muy elevadas.

Tan extraña visión impulsó al poeta a dirigirse a Virgilio, diciéndole: «Maestro, ¿qué tierra es ésta?». Su amable guía le hizo ver que, a causa de las tinieblas y la distancia, su imaginación le engañaba haciéndole creer que aquello eran torres, cuando en realidad se trataba de gigantes, los cuales estaban metidos hasta el ombligo en el pozo.

Conforme se acercaban al borde de la hoya, el error de Dante se iba desvaneciendo, y crecía su miedo. Cuando pudo distinguir el rostro, los hombros, el pecho y los dos brazos de uno de los gigantes, Dante alabó en su fuero interno a la naturaleza por haber dejado de crear semejantes monstruos a cuya fuerza era imposible oponer resistencia alguna.

De repente, aquella espantosa boca que era incapaz de suaves acentos, empezó a gritar: «Rafel mai amech isabi almi». Grande fue la turbación y el miedo que sintió el poeta florentino, pues al ruido de aquel potente vozarrón se unía el misterio de aquellas ininteligibles palabras. En efecto, la extraña frase que había retumbado como un trueno estaba formada por una mezcolanza de palabras tomadas de varias lenguas orientales.

Dante, que no sabía donde esconderse, buscó el apoyo de su guía, quien, después de tranquilizar al gigante, trató de calmar la inquietud de su discípulo, diciéndole:

«Ese es Nemrod, por cuyo insensato proyecto el mundo se ve obligado a usar más de una lengua. Dejémosle estar, y no hablemos en balde, pues ni él comprende el lenguaje de los demás, ni nadie comprende el suyo».

Por las palabras de Virgilio se desprende que este Nemrod, a quien Dante presenta en forma de gigante, no es otro que uno de los descendientes de Cam, de quien la Santa Escritura dice, «*que fué quien comenzó a dominar sobre la tierra*» (Génesis 10: 8).

La alusión a su incomprensible lenguaje, se refiere al episodio de la torre de Babel, ya que parece que Nemrod fue el cabecilla del audaz plan de edificar una ciudad y una torre, «*cuya cúspide llegase a los cielos*». Por el relato bíblico se sabe que aquella impía empresa terminó en una confusión de la lengua que se hablaba entonces, y en una dispersión de la gente por la haz de toda la tierra.

Pasaremos por alto la descripción de los demás gigantes que Dante halló en su camino, para mencionar únicamente a Anteo, quien según la leyenda fué vencido por Hércules en singular combate. Al llegar a su altura, Virgilio, dirigiéndose al gigante, le rogó que le trasladase a los bajos lugares donde el frío hiela el Cocito.

Accediendo a la petición de Virgilio, el gigante Anteo extendió al punto aquellas manos que tan rudamente habían oprimido a Hércules, y cogió al maestro. Tan pronto Virgilio se sintió sujeto, llamó a su discípulo, al cual tomó en sus brazos.

Cuando Dante, sobrecogido de espanto, vio inclinarse al gigante, sintió tanto miedo, que hubiera querido seguir por otro camino; pero, ya era demasiado tarde. Sin embargo, el viaje hacia el fondo del abismo se realizó sin ninguna dificultad, y Anteo los dejó suavemente en lo más hondo de aquel sombrío pozo.

Ya en el fondo de la oscura hoya, Dante estaba aún mirando el alto muro, cuando oyó una voz que decía: «Cuidado cómo andas; procura de no hollar con tus plantas las cabezas de nuestros infelices y torturados hermanos».

Al oír esto, el poeta se volvió y vió a sus pies un lago que, por estar helado, tenía más apariencia de cristal que de agua. Mirando fijamente sobre la superficie de aquel lago, se ofreció ante su vista un espectáculo tan horroroso, que el poeta temía no hallar expresiones apropiadas para describirlo. Tan grande fue la impresión que le produjo aquella horrenda escena, que Dante exclamó:

«¡Oh gentes malditas sobre todas las demás, que estáis en el sitio del que me es tan penoso hablar! Mejor hubierais sido ovejas o cabras en este mundo».

Allí, a sus pies, el poeta veía mil rostros amoratados por el frío. Aquellas dolientes sombras sacaban fuera del

hielo sus lívidas cabezas hasta las mejillas, y el castañeteo de sus dientes se asemejaba al ruido que la cigüeña hace con su pico.

Después de mirar en torno suyo, el poeta vio a dos réprobos tan estrechamente unidos, que se confundía uno con el otro el pelo de sus cabezas. No puede haber grapa que junte mejor dos leños; y así se aferraron como dos cabras, a causa de la ira que los dominaba. A preguntas de Dante, uno de los condenados le contestó que en aquel lago helado pagaban sus culpas los traidores que habían atentado contra su propia sangre, por cuya razón aquel lugar era llamado el recinto de Caín.

Es lógico que el poeta florentino imaginase tan horrible suplicio para los que en vida fueron fríos y duros como el hielo, con sus allegados. Aunque Dante no menciona al primero de los fratricidas, por las Santas Escrituras se conoce la historia del primer crimen en el que se derramó sangre entre hermanos.

La alevosa acción de Caín, fue como una fructífera semilla de crimen, que a través de los siglos ha ido produciendo nuevos fratricidios y asesinatos. Tanto es así, que en el Nuevo Testamento hallamos una severa amonestación apostólica contra los que siguen por la senda de Caín. He aquí lo que está escrito:

«*Estos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como brutos irracionales. ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín*» (Judas vers. 10-11).

Lo que agrava la culpa del fratricida, y que convierte su delito en algo monstruoso, es el motivo que en muchas ocasiones le impulsa a derramar sangre inocente. En efecto, en las Santas Escrituras, cuando se trata del crimen de Caín, queda demostrada la vileza del acto del primer fratricida. El Apóstol Juan escribe a este respecto:

«*No como Caín, que inspirado del maligno mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas*» (I Juan 3: 12).

Volviendo a la narración dantesca, hallamos el relato de un incidente que le ocurrió al poeta mientras se dirigía hacia el centro de gravedad de la tierra. Temblando en medio de aquellas perpetuas sombras, cuenta el poeta que, por acaso o por desgracia, al pasar entre aquellas cabezas, dio un fuerte golpe con el pie en el rostro de una de ellas, la cual le dijo llorando:

«¿Por qué me pisas? Si no vienes a acrecentar la pena que merecí en Monte Aperto, ¿por qué me haces daño?».

Dante reconoció en aquel condenado a su compatriota Bocca degli Abati, quien sobornado por el enemigo, traicionó al ejército güelfo, el cual sufrió una gran derrota, dejando a más de cuatro mil cadáveres en el campo de batalla.

Sería demasiado prolijo mencionar a todos los fratricidas que por traición consumaron su crimen, aunque en su relato Dante no es escaso en ejemplos de crueldad y vileza; pero, antes de terminar, quisiéramos referirnos al fratricidio más infame de la historia, puesto que la víctima fue el supremo bienhechor de la humanidad.

Es el Apóstol Pedro quien expone la gravedad del crimen que una gran mayoría del pueblo judío cometió pidiendo la sangre de Jesucristo. En efecto, San Pedro hablando ante una muchedumbre en Jerusalén, dice:

«*Dios ha glorificado a su hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerle en libertad. Vosotros negasteis al Santo y Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida, y matasteis al Autor de la vida*» (Hechos de los Apóstoles 3: 13 - 15).

Paradójicamente, este fratricidio nacional perpetrado en la persona de aquel que vino «*a ser en todo semejante a sus hermanos*», tuvo, al contrario de los otros fratricidios, una feliz consecuencia para la humanidad, ya que, en virtud de la sangre derramada por Cristo en el Calvario, puede obtenerse el perdón de los pecados; como está escrito:

«*La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*» (I Juan 1: 7).

XV

LOS TRAIDORES

«El Hijo del hombre sigue su camino, según de El está escrito; pero ¡desdichado de aquel por quien será entregado! Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido».
Evangelio San Mateo 26: 24.

Después de atravesar los dos primeros recintos del último foso del averno, Dante y Virgilio llegaron a un lugar donde ya las almas estaban enteramente cubiertas por el hielo, trasluciéndose como paja en vidrio. Unas estaban tendidas, otras permanecían derechas, ya sobre la cabeza, ya sobre los pies, y otras con la cabeza tocando a los pies como un arco.

A través de unas tinieblas que recordaban las espesas nieblas otoñales, Dante divisó a lo lejos un artificio que le pareció ser un gigantesco molino cuyas aspas eran movidas por el viento. Lleno de temor, y no hallando otro abrigo, el poeta se resguardó detrás de su guía. Cuando Virgilio creyó que había avanzado lo suficiente para mostrarle el ser que tuvo el aspecto más hermoso, se apartó a un lado, y deteniendo a su discípulo, le dijo:

«He ahí a Lucifer, y he aquí el lugar donde es preciso que te armes de fortaleza».

Ante aquella terrorífica visión, Dante confiesa que quedó atónito, no sabiendo si estaba vivo o muerto. Cuando se lee la descripción de lo que presenció en aquel infernal recinto, no sorprenden las palabras del poeta, pues es difícil imaginarse una escena más espantosa. Júzguese por lo que escribió:

«El soberano del reino de dolor salía fuera del hielo desde la mitad del pecho, y más proporción guardo yo con un gigante, que los gigantes con el tamaño de sus brazos... ¡Cuánto asombro me causó ver que tenía tres rostros en su cabeza! Debajo de cada rostro salían dos grandes alas, proporcionadas a semejante monstruo... Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba a un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo...».

Dante, no pudiendo soportar tan cruel espectáculo, apartó su vista del ángel caído y de los miserables que sufrían presos entre sus dientes, y abrazándose al cuello de su guía, ahogó sus sollozos en su pecho. Virgilio, después de tranquilizar a su discípulo, quiso indicarle que los réprobos que tanto sufrían eran ciertamente merecedores de aquel cruento suplicio.

Es fácil comprender, que el poeta florentino, al llegar al punto culminante de su descripción del averno, quiso presentar a Lucifer con trazos tan horribles, que sobrepasaran todo lo relatado anteriormente. Es curioso, sin embargo, que un poeta tan lleno de sensibilidad como era Dante, se empleara a ingeniar tan monstruoso ser, haciendo especial énfasis en los rasgos puramente materiales del fenomenal ente que intentaba describir. Siglos más tarde, Milton, el célebre bardo inglés, tuvo más acierto que el florentino, cuando en su «Paraíso Perdido» retrata con finos trazos, no sólo la apariencia del ángel rebelde, sino además sus luchas íntimas.

Creemos que Dante, con su fantástica descripción de Lucifer, ha contribuido no poco a la divulgación de esa desfigurada imagen de Satanás, que a través de toda la Edad Media ha llegado hasta nuestros días. Porque, la realidad es, que el enemigo de nuestras almas, ni tiene la apariencia que le presta el poeta, ni es el soberano del infierno, ni mucho menos se ocupa de triturar y desollar tres víctimas a la vez como si hubiera estado en ayunas por algún tiempo.

Es obvio que la descripción de Dante resulta en extremo pueril cuando se la compara con lo que las Santas Escrituras afirman respecto a la apariencia de Satanás, y a su caída. En efecto, aparte de algunos nombres muy descriptivos que se emplean en las Escrituras para designar al primer adversario de Dios, tales como, serpiente y dragón, la mayoría de los otros términos se refieren más bien al carácter moral del ángel rebelde.

Sólo a guisa de parangón, citaremos una descripción que hace el profeta Ezequiel, del príncipe de Tiro, misterioso personaje, en quien no pocos escriturarios descubren a Lucifer. El profeta, en una elegía, dice lo siguiente:

«Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. Habitabas en Edén, en el jardín de Dios, vestido de todas las preciosidades. El rubí, el topacio, el diamante, el crisólito, el ónice, el berilo, el zafiro, el carbunclo, la esmeralda y el oro te cubrían. Los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, cubridor, yo te puse en el santo Monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas» (Ezequiel 28: 12-14).

Se observará que en esta descripción, más bien se hace énfasis en los elementos de hermosura y sabiduría del ser que,

en algún tiempo, fue un ángel lleno de gloria y cayó. Sin embargo, aún después de su rebeldía, no hay evidencias de que el adversario de Dios se haya convertido en un monstruoso ser como el que retrata Dante. En el Nuevo Testamento se le dan varios nombres que nos permiten suponer cierta grandeza —no diremos hermosura— en el que, sin duda, fue un glorioso querubín.

En efecto, Jesucristo, refiriéndose al maligno, le da el título de, «*el príncipe de este mundo*» en tres distintas ocasiones. El Apóstol Pablo, confirmando el principado de Satanás, habla de éste como de, «*el príncipe de la potestad del aire*», agregando en otro lugar el singular título de, «*el dios de este mundo*», lo cual muestra que el ángel caído une a su grandeza cierto grado de poder.

Respecto al estado futuro de Lucifer, debemos señalar que, contrariamente a lo que Dante afirma, el ángel rebelde no tendrá soberanía en el averno, y será condenado como los demás réprobos que han seguido su perverso camino. Al final de la revelación divina, y como preludio al juicio final, está escrito lo siguiente:

«*El diablo, que los engañaba, fue arrojado en el lago de fuego y azufre... y la muerte y el hades fueron lanzados al lago de fuego, esta es la muerte segunda. Y todo el que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego*» (Apocalipsis 20: 10-15).

De una forma figurada, los profetas de la antigüedad ya habían anunciado la condenación del adversario de Dios. Además del profeta Ezequiel, al cual nos hemos referido más arriba, también Isaías describe el envanecimiento y castigo de un extraordinario personaje, en quien no es demasiado osado descubrir a Lucifer. Júzguese, sino, por las palabras del profeta:

«*¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Arrojado fuiste por tierra, tú que dominabas a las naciones.*

Tú que decías en tu corazón: al cielo subiré, por encima de las estrellas de Dios elevaré mi trono, y me instalaré en el Monte santo, en las profundidades del Aquilón; subiré sobre la cumbre de las nubes, y me igualaré al Altísimo. Pues bien, al seol —infierno— has sido precipitado, a las profundidades del abismo» (Isaías 14: 12-15).

Volviendo al relato dantesco, hallamos el nombre de los tres réprobos a los cuales Lucifer, según el poeta, trituraba con sus dientes. Los dos primeros, Bruto y Casio, sufrían tormento por haber asesinado a traición al emperador romano Julio César. Es de suponer que Dante, consecuente con sus principios políticos, quiso equiparar el crimen de lesa majestad de estos dos traidores, con el acto de Judas.

Sólo nos referiremos al condenado que Dante considera como el peor de los traidores, y quien, por dicha razón, sufre peor castigo que todos los condenados del averno. En efecto, el poeta, con un pavor difícil de disimular, vio como Judas Iscariote, teniendo la cabeza dentro de la boca de Lucifer, agitaba con violencia las piernas fuera de ella. Pero, los mordiscos que sufría el traidor no eran nada en comparación del destrozo que con las garras le hacía Lucifer, arrancándole la piel y dejándole los lomos en carne viva.

Dejando a un lado los elementos fantásticos en la descripción del tormento de Judas, se comprende que el poeta florentino pusiera a Judas en la misma boca de Satanás, ya que el propio Cristo, en una ocasión, dijo de él, «*que era diablo e hijo de perdición*».

Leyendo la historia de la traición de Judas, sorprende ver que el falso apóstol realizara tan vil acto por la irrisoria cantidad de treinta piezas de plata. Es casi inconcebible que por un pequeño puñado de monedas se decidiera a traicionar a su buen Maestro, de quien tantas mercedes había recibido.

No podemos entrar en detalles de los complejos motivos que impulsaron a aquella alma torcida a cometer tal

traición, pero, sí quisiéramos señalar, para terminar, que aún en nuestros días no hay pocos que siguen las pisadas de aquel monstruo de ingratitud. Transcribimos a continuación lo que en las Santas Escrituras se dice a este respecto:

«*Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la dulzura de la palabra de Dios y los prodigios del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, cuando ellos, cuanto es de su parte crucifican de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública ignominia. Porque la tierra, que a menudo absorbe la lluvia caída sobre ella y produce frutos de bendición para el que la cultiva, recibirá las bendiciones de Dios; pero la que produce espinas y abrojos es reprobada y cerca está de ser maldecida, cuyo paradero es ir a las llamas*» (Hebreos 6: 4-8).

XVI

EL PARAISO

«*Jamás subió a este reino el que no creyó en Cristo antes o después de su crucifixión. Pero ten por cierto que muchos que exclaman hoy: ¡Cristo! ¡Cristo!, estarán menos cerca de El en el día del juicio, que alguno que no le conoció nunca*».

Paraíso. Canto XIX.

Después de haber tratado de lo que Dante vio en el infierno, es casi obligado, para terminar, conceder un pequeño espacio a lo que el poeta escribe sobre el paraíso. Se comprende, sin embargo, que resulte casi imposible resumir en un solo capítulo, los treinta y tres cantos de que se compone la descripción de los empíreos lugares.

La dificultad más grande con que se tropieza al intentar exponer las celestes visiones del poeta, estriba en la extraordinaria fantasía que Dante derrocha para presentar el lugar de bienaventuranza, en diez asombrosos cuadros que corresponden a los diez cielos en que divide el paraíso.

Para evitar confusiones, hemos de señalar que el fantástico paraíso dantesco es una pura ficción que sólo ha existido en la imaginación del poeta florentino. Sin embargo,

entremezcladas con sus quiméricas visiones, Dante ofrece unas disquisiciones de gran valor moral y espiritual, tratando de resolver profundos problemas, y al propio tiempo, exponiendo sus ideas y creencias. Es, pues, a los interesantes razonamientos del poeta, que dedicaremos este capítulo final.

En uno de sus coloquios con Beatriz —que simboliza la Teología—, el poeta florentino siente el deseo de penetrar el misterio de la creación. La celeste guía de Dante, intuyendo los anhelos de éste, trata de complacerle dirigiéndole las siguientes palabras:

«Te diré, sin preguntármelo, lo que deseas oír, porque lo he visto en Aquel en cuya presencia están todo lugar y todo tiempo. Antes que existiese éste en su eternidad y de un modo a todos incomprensible, se difundió en un nuevo amor, según le plugo, el Amor eterno; y no porque redundase en su propio bien, que esto no es posible, sino para que, reflejando en otros su esplendor, pudiese decir: «Subsisto». No es decir que antes permaneciera ocioso y como inerte; pues el proceder del espíritu de Dios sobre estas aguas no tuvo antes ni después.

»La forma y la materia pura salieron luego de aquel acto infalible con una existencia sin defecto, como salen tres flechas de un arco de tres cuerdas; y así como la luz penetra en el vidrio, el ámbar o el cristal, de manera que entre el momento del contacto y los demás que completan su luz no hay intervalo alguno, así brotó a una y entero en su ser el triple efecto —forma, materia y existencia— de su Creador, sin diferenciarse su principio de su complemento».

Siguió Beatriz aclarando al poeta lo concerniente a la creación de los ángeles y su rebelión contra el Supremo Hacedor, hasta que llegó a un punto de su exposición en que se vio precisada a mencionar la insensatez de los que

considerándose filósofos, se extravían de la verdad al no buscarla en las Santas Escrituras, que son el manantial de la sabiduría celestial. Así habló Beatriz:

«Vosotros al filosofar en la tierra, no vais por el camino verdadero; tanto es lo que os arrastra al afán de parecer sabios e ingeniosos; y aun esto se considera aquí con menos aversión que cuando se desprecia la Sagrada Escritura, o cuando se interpreta torcidamente. No pensáis cuánta sangre ha costado sembrarla por el mundo, ni con qué agrado Dios mira al que acepta humildemente su doctrina».

En relación con esta doctrina apostólica que se conforma a las Escrituras, Dante nos ofrece un sucinto resumen, tomando como ocasión la entrevista que tuvo con el Apóstol Pedro. Cuenta el poeta que, a ruegos de Beatriz, San Pedro quiso oír su profesión de fe. A la pregunta del Apóstol: ¿Qué cosa es la Fe? Dante respondió:

«*Fe es la sustancia de las cosas que se esperan, y el argumento de las que no se ven*» (Hebreos 11: 1).

Después de haber contestado con acierto otras delicadas preguntas que el Apóstol Pedro le dirigió, éste quiso saber de los propios labios del poeta, si aquella profesión de fe era algo solamente intelectual, o una verdad arraigada en su corazón. A tal fin, y usando la forma alegórica, el Apóstol le dijo:

«Bien aquilatada está la ley y el peso de esta moneda, pero dime si la llevas en tu bolsa».

Dante, sin titubear, contestó:

«Sí, la tengo tan perfecta y bien esculpida, que no me cabe duda sobre su cuño».

Aquel diálogo entre el Apóstol y Dante, sobre tan sustanciosos puntos de doctrina, tomó un inesperado cariz cuando San Pedro tuvo que referirse a la degradación moral que imperaba en los medios religiosos de Italia, en los días del poeta. Cuenta Dante, que antes de que el Apóstol

abriera su boca, Beatriz se ruborizó, demudándose su semblante. San Pedro, con voz alterada, entre otras cosas, dijo:

«En todos los prados se ven allá abajo lobos rapaces disfrazados de pastores. ¡Oh, justicia de Dios! ¿Por qué estás ociosa? De nuestra sangre se aprestan a beber los de Cahors y de Gascuña —se refiere a Juan XXII y Clemente V—. ¡Oh, buen principio, en qué fin tan vil has de venir a parar!».

Se diría que, a medida que Dante iba ascendiendo por los círculos celestiales, su visión de lo que ocurría en la tierra se hacía más real, discerniendo mejor la triste condición espiritual en que se hallaba la Iglesia. En efecto, después de haber oído de labios de San Pedro sobre la infausta situación de la grey, debido a la abundancia de falsos pastores, es Beatriz quien va a descubrirle la insensatez de los que, debiendo de predicar el Evangelio, se afanan en inventar fábulas para complacer a su auditorio. Pero, veamos lo que Beatriz dice:

«No llega en Florencia el número de los Lapi y Bindi —como si dijera los Pepe y Paco— al de las necias fábulas que todo el año y por todas partes se proclaman desde los púlpitos; con lo que las pobres ovejas, que nada saben de esto, vuelven al redil sin haber pacido más que viento, y sin que les sirva de disculpa no haber visto el daño. No dijo Cristo a su primer apostolado: «Id a predicar cuentos por el mundo», sino que les dio por base la verdad, y tan enérgica salió ésta de sus labios, que al combatir por la propagación de la Fe, solamente se valieron del Evangelio como de escudo y lanza. Hoy para predicar, se abusa de los chistes y bufonadas, y con tal que se divierta el auditorio, la vanidad de la capucha se satisface, y no se pretende más».

A pesar de que Dante pone en labios de Beatriz estas severas críticas contra los falsos pastores, lo cierto es, que la «Amada» se ocupa mayormente en explicar profundas

doctrinas, y en exponer con claridad el Evangelio, que muchos predicadores han querido sustituir por sus insensatos despropósitos e invenciones.

Es en ocasión de unas palabras que el emperador romano Justiniano dirige a Dante, que Beatriz disipa las dudas que se habían suscitado en la mente del poeta, respecto a si fue justa la crucifixión de Cristo. La «Amada», siempre complaciente, viendo la perplejidad de Dante, se presta a aclarar las dudas del poeta sobre tan importante asunto, y con una inefable dulzura, empezó a expresarse en los siguientes términos:

«Por no haber sufrido el freno impuesto a su voluntad, que le era tan provechoso, el hombre que no nació como los demás —Adán—, se condenó a sí propio y condenó a toda su descendencia, por lo que yació enferma la especie humana y sumida largos siglos en profundo error, hasta que se dignó el Verbo de Dios de bajar al mundo, identificándose por sólo un impulso de su eterno amor con aquella naturaleza que se había divorciado del que la creó».

Dante, al oír tan sabias palabras, que confirmaban lo escrito en las Sagradas Letras, sintió aumentar sus deseos de llegar a una perfecta comprensión del misterio de la muerte de Cristo. El poeta pensaba, en efecto, que si bien el Verbo de Dios, en su eterno amor hacia su criatura perdida, quiso hacerse hombre para identificarse con la raza humana, no había ninguna lógica en el hecho de haber tenido que recurrir a un medio tan atroz como el suplicio de la cruz, a fin de poder redimir a la humanidad caída. La paciente Beatriz, quiso también aclarar al poeta esta cuestión esencial para la salvación, y abriendo su boca dijo:

«Reflexiona ahora en este razonamiento. Esa naturaleza unida a su Hacedor, tal como fue creada, era sumisa y buena, y sólo por su culpa fue proscrita del paraíso, porque se alejó de la senda de la verdad y de su vida; así pues,

la pena que se expió en la cruz, medida por la naturaleza de que se revistió el Verbo, era la más justa que jamás se impuso; pero ninguna fue al propio tiempo tan injusta, si se atiende a la persona que la padeció y en quien se había refundido aquella naturaleza.

»De un mismo acto nacieron efectos diversos; la misma muerte fue agradable a Dios y a los judíos; por ella tembló la tierra y abrió sus puertas el cielo. No debe ya, por tanto, parecerte extraño si oyes decir que un tribunal justo ha castigado una venganza justa».

Para no ser prolijos, terminaremos con unas frases que son como un compendio de la profunda exposición de Beatriz sobre este trascendental punto:

«Jamás desde el primer día a la postrera noche, se vio ni se verá acto tan magnífico por parte del Redentor ni del redimido, porque Dios fue más generoso dándose a sí mismo para hacer al hombre capaz de regenerarse que lo hubiera sido contentándose con absolverle. Todos los demás medios eran insuficientes para su justicia si el Hijo de Dios no se hubiera humillado hasta hacerse hombre».

DEL MISMO AUTOR

SANCHO PANZA Y EL ALMA ESPAÑOLA
— Charlas radiofónicas sobre la filosofía cervantina a la luz de las Santas Escrituras.

CONVERSIONES
— La conversión de singulares personajes bíblicos.

PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA
— Las conversiones de algunos Padres de la Iglesia relatadas por ellos mismos.

SAN AGUSTIN
— Biografía del insigne Padre de la Iglesia.

FRAY LUIS DE LEON
— Biografía del intérprete del Cantar de los Cantares.

LA IGLESIA CATOLICA
— Un estudio de los fundamentos católicos a la luz de la Biblia y la Historia.

TITA MARIA Y SUS SOBRINITOS
— Una serie de historias bíblicas escritas para niños.

¡VACACIONES!
— Nueva serie de historias bíblicas escritas para niños.

NO HAY OTRO NOMBRE...
— Charlas radiofónicas sobre los distintos nombres con los cuales Cristo es nombrado en las Sagradas Escrituras.

TWR